3 1761 08695892 3

Ezequiel Solana.

Cervantes, educador

MADRID
El Magisterio Español
CALLE QUEVEDO, 7

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

PJ
C419So
Cervantes Saavedra, Miguel

CERVANTES,

EDUCADOR

(OBRA PREMIADA EN PÚBLICO CERTAMEN)

Colección de trozos de obras cervantinas, dispuestos para ser leídos en las Escuelas

POR

DON EZEQUIEL SOLANA

PRIMERA EDICIÓN

MADRID
EL MAGISTERIO ESPAÑOL
CALLE DE QUEVEDO, 7.

456292
14. 1. 47

Miguel Cervantes Saavedra.

A quien leyere.

Cuando el año 1905 se celebró el tercer centenario de la publicación del «Quijote», el Ateneo de Zaragoza abrió un certamen literario, en el cual fué presentado, con pequeñas variantes, el siguiente trabajo, recibiendo del ilustre Jurado muy honrosa distinción.

Habría dormido indefinidamente el manuscrito, el sueño de los justos, si el Ministro de Instrucción pública, Exmo. Sr. D. Santiago Alba, no hubiera dictado la Real orden de 22 de octubre de 1912, donde dice:

«Los Maestros nacionales incluirán todos los días, a contar de primero de enero próximo, en sus enseñanzas, una dedicada a leer y explicar brevemente trozos de las obras cervantinas más al alcance de los escolares.»

Y como algo semejante a esto era lo que en el manuscrito se proponía, nos ha parecido no sería inoportuno sacarlo ahora a luz, ofreciéndolo a nuestros compañeros como materia propia para cumplir lo preceptuado en la Real orden citada más arriba.

El libro, como se verá, está compuesto de dos partes: la primera es un discurso o elogio del «Quijote», considerado desde el punto de vista educativo; la segunda es una serie de trozos escogidos, que encierran, por regla general, alguna reflexión o consejo útil, y vienen a ser como una corroboración de lo que se afirma en el discurso.

Estos trozos pudieran haberse multiplicado, pero los creemos suficientes al objeto que se persigue, y el no formar sino una obra fragmentaria, puede ser un incentivo para la lectura completa del «Quijote», más propia, por otra parte, de los adultos que de los pequeños escolares.

PRIMERA PARTE

Valor educativo del «Quijote» en la escuela primaria.

CERVANTES EDUCADOR

No puede decirse que Cervantes fuera un pedagogo, en la acepción que en nuestros tiempos suele darse a esta palabra, porque ni Cervantes escribió libros que trataran expresamente de los problemas que se relacionan con la educación de la infancia, ni sabemos que en ningún tiempo le fuera encomendada la custodia y dirección de algún niño, entre los mil cargos que desempeñó durante su larga y azarosa vida; pero después de admirar las peregrinas invenciones de sus libros, particularmente de **El ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha**; después de leer las bellísimas descripciones que embelesan por su exactitud y frescura, y de saborear las morales y profundas sentencias que esmaltan aquellas páginas inmortales, don-

de campean juntamente con el interés del asunto, la magia del estilo y la pureza del lenguaje, bien se puede afirmar que, aunque en sus obras no se propusiera serlo, para sus lectores siempre será Cervantes un sabio moralista y un habilísimo educador.

CERVANTES OBSERVADOR DE LA NATURALEZA

Cervantes fué un espíritu observador de la vida y de los hombres. Escolar aplicado en Madrid, bajo la dirección del insigne maestro Juan López de Hoyos; camarero diligente con el Cardenal Aquaviva que lo lleva a Roma, cabeza de la cristiandad; soldado bajo las banderas de Marco Antonio Colona y de Don Juan de Austria, que le permiten asistir a la batalla de Lepanto, «la más grande que vieron los siglos pasados ni esperan ver los venideros»; cautivo en Argel cinco años, donde su ingenio inventa los planes más atrevidos para recobrar la libertad él y sus compañeros; redimido después por los PP. Mercenarios que le restituyen a su familia y su patria para hacerle nuevamente juguete de la fortuna, Cervantes ha recorrido todas las fases de la vida humana, asimilándose tesoros de observación que en purísimo raudal vierte después en sus obras admirables, obras que cuanto más se leen y releen, más encanto y placer y dulcedumbre comunican al que en su lectura se deleita.

Cervantes no imitó servilmente las obras de los clásicos latinos, que conocía lo bastante para apreciar las bellezas y conformar su gusto; no obedeció más que a su propia inspiración; no imitó más que a la naturaleza; no pretendió hablar más que como todos hablan; así resultó el Quijote una obra que todos entienden, que todos admiran y que jamás envejece.

Enriquecido su entendimiento con tesoros de doctrina, aleccionado en la escuela del mundo más que en la lectura de los libros, su mente halló siempre abundantes materiales para disponerlos del modo que mejor apetecía su imaginación fecunda, lozana y soñadora. Unas veces con los chistes ingenuos de Sancho Panza, el simple y el bueno; otras con las graves sentencias de Don Quijote, el caballero prudente y esforzado, Cervantes formuló juicios admirables sobre distintas profesiones, trató de armas y letras, de moral y educación, de casados y doncellas, de diversos estados civiles y otros muchos variados asuntos, con aquellos conceptos de belleza moral y excelente sentido y con aquella forma literaria incomparable, que constituyen el mérito excepcional, acaso más ensalzado que comprendido, del Príncipe de los ingenios españoles.

INSTRUYE DELEITANDO

De cuantas obras de entretenimiento se conocen, no hay, en efecto, ninguna que merezca más atención y estudio que la obra inmortal de Cervantes, **El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha**; pues dejando aparte los repetidos elogios que ha merecido a los críticos de todas las naciones por la feliz invención y desarrollo de la fábula, por la verdad de sus pinturas y descripciones, por el gracejo y donaire de sus amenos coloquios, por la intención y fina sátira de sus discursos, por el buen gusto que reina en el conjunto y en cada una de las partes de la obra, no puede dejar de admirarse la sabia doctrina y sana moral que Cervantes atesora y el acierto que muestra en cumplir el precepto horaciano tan sabido y recomendado en las obras didácticas: **Omme tulit punctum, qui miscuit utile dulci—lectorem delectando, pariter que monendo.**

Es admirable, verdaderamente, cómo, sin faltar a la naturalidad y sencillez, antes haciendo gala de ellas, va el autor vertiendo a cada paso reflexiones, consejos, enseñanzas, máximas y sentencias morales al lado de las más finas críticas y de las más ingeniosas agudezas. No se acierta a comprender cómo en boca del hombre más loco de la tierra, halla Cervantes medio de mostrarse el más cuerdo y entendido, el más conocedor del corazón humano, a la par que el modelo de cortesía, de discreción, de caballerosidad y de todo linaje de virtudes.

El mérito del **Quijote**, como obra de moral, como libro de educación, excede a todo encarecimiento. Van Efén, insigne escritor holandés, quería que el **Quijote** se pusiera en manos de la juventud para amenizar su imaginación y cultivar su juicio, por la elegancia de su estilo, por su moral admirable, por sus atinadas reflexiones sobre las costumbres y defectos de los hombres, y por el tesoro que contiene de juiciosas censuras y excelentes discursos, ya contra el espíritu caballeresco, ya contra los vicios, abusos y preocupaciones comunes, y ya contra los vicios y defectos literarios ; todo lo cual hace que su moral sea comparable a la de los más famosos filósofos y aun mucho más útil y eficaz por la oportuna mezcla del ridículo, medio más poderoso para cortar y corregir abusos, que todos los preceptos y declamaciones de la filosofía y de la oratoria ; y, en fin, por la gracia, chiste, novedad con que razona y ameniza todos sus documentos, vistiéndolos y adornándolos con todos los primores del arte y de la erudición.

J. J. Rousseau, que aparte juicios erróneos sobre ciertos puntos dogmáticos y opiniones filosóficas, hoy muy discutidas, no puede menos de ser considerado como un pensador profundo, que ha ejercido influjo poderoso en la dirección y carácter de la moderna pe-

dagogía, consideró el **Quijote** como uno de los buenos libros que podían ponerse en manos de su «Emilio», y no se cansaba de alabar las excelencias del discurso que Cervantes pone en boca de Don Quijote, cuando éste encarece y pondera a los pastores las costumbres naturales y sencillas de la edad de oro.

La muchedumbre y variedad de reflexiones, de sentencias y discursos que se encuentran en el **Quijote** sobre casi todos los asuntos y ocurrencias de la vida, esparcidos con tanta oportunidad como abundancia, justifican la admiración y el aprecio con que han mirado este portentoso libro literatos, filósofos y moralistas de diversos tiempos y naciones, considerándolo como el más adecuado para enseñar a la juventud el camino del honor, de la caballerosidad y de la hidalguía.

Apenas hay asunto relacionado con la vida social, sobre que no haya en este libro observaciones, advertencias, avisos y consejos saludables. Tal era la fecundidad de Cervantes, tal su erudición y profundo conocimiento de los hombres, que aun proponiéndose escribir una obra de honesto entretenimiento, encontró fácil medio de aleccionar a la humanidad dándole un libro donde entre llantos y risas se notan los defectos de los hombres, se reprehenden los vicios y se hacen amables las virtudes. Asombra con qué maestría, con cuánto donaire, en los innumerables pasajes de la obra, apenas hay virtud social que no se recomiende, vicio que no se vitupere, falta que no se censure, aberración que no se ridiculice, sucediendo a veces que en una reflexión, en solas dos palabras hábilmente concertadas, se encomia la virtud y se escarnece el vicio.

Por este concepto debemos considerar a Cervantes, si no como pedagogo en el sentido estricto que modernamente se da a esta palabra, como consejero de la

juventud, como mentor y moralista que sabe conducir al hombre por el camino de la virtud a la posesión de la felicidad, que es el fin supremo de la educación. Mas no está sólo el mérito de Cervantes en los sanos consejos y profundas máximas de moral que vierte en sus discursos, siempre oportuno y elegante, sino en el modo de presentar las cuestiones y llevarlas a cabo, produciendo en quien las lee el efecto apetecido.

EL CAMINO DEL EJEMPLO

En toda enseñanza, particularmente en la de la Etica o Moral, había dicho un filósofo español, Lucio Aneo Séneca, en los primeros años de la era cristiana, el fin se logra más pronto por el ejemplo que por el precepto, **Longum iter per praecepta, breve per exempla.** A esto, sin duda, fué debido el éxito que en los pasados siglos tuvieron las «Vidas paralelas» de Plutarco, jemplos vivos de hombres y de sucesos, que entrañan un fin moral de altísimo valor educativo. Muchos hombres de las pasadas edades se nutrieron con la virtud de esas vidas de varones ilustres, a las que se deben actos nobilísimos de moral que perpetúa la Historia en sus páginas de oro. Quiere Plutarco que se enseñe la moral en ejemplos para que el joven se persuada de la verdad por los hechos, y se acostumbre a dirigirse y reflexionar sobre su conducta, pidiendo consejo a su razón y a los hombres ilustres que le precedieron: los ejemplos son como directores de nuestra conciencia, como un filósofo a quien se consulta; los varones ilustres, algo así como compañeros de más edad que responden con sus hechos, mudos, pero elocuentes, en el momento que la duda nos asalta.

Pues bien, Cervantes, que no se propuso, cierta-

mente, escribir una obra de moral en ejemplos para uso de las escuelas, dejó, sin embargo, en el **Quijote** una serie de retratos de personajes y relaciones de sucesos tan hábilmente delineados, de caracteres tan salientes, con hechos de virtud tan relevantes y ejemplares, que el mismo Plutarco no desdeñaría para ponerlo en manos de la juventud y aleccionarla en los negocios de la vida; libro admirable, tan hondamente pensado y bellamente escrito, que por él es conocido nuestro idioma en el mundo con el nombre de «lengua de Cervantes»; libro portentoso, traducido a todos los idiomas cultos de la tierra, que se lee con igual delectación en las distintas zonas del planeta; libro que pasa entre los hombres de letras, por ser el más inspirado de las Musas.

LO IDEAL Y LO POSITIVO

No nos incumbe estudiar las obras de Cervantes desde el pundo de vista literario: tanto se ha escrito además de estas obras, tan conocidas son, tan analizadas se hallan, que en vano sería buscar por nuestra parte nuevos motivos de admiración, de encomios y encarecimientos. Tampoco hemos de entrar en si el **Quijote** es una novela de costumbres, una sátira o un poema épico en toda la extensión de la palabra. Nosotros vemos en el **Quijote** una obra maravillosa, donde se encuentra personificada, por decirlo así, la nación española, con sus hazañas y poder mental, sus empresas románticas y sus desgracias inmerecidas, y una grande época de la Historia, con sus creencias y costumbres, sentimientos y pasiones, revelándose al par la eterna lucha entre la idea y la materia; entre la vida física y la vida intelectual; entre lo ideal y lo positivo. Nosotros vemos desarrollarse la acción con una naturalidad encantadora, representando Don

Quijote la idealidad humana que se estrella contra la invencible inercia de las cosas; ofreciéndose Sancho Panza como el símbolo del positivismo, para quien son como un misterio insondable los peregrinos arranques y altas virtudes del andante caballero. De aquí proviene, naturalmente, la contraposición de caracteres entre la gravedad y nobleza de Don Quijote y la ignorancia y simplicidad de Sancho. En Don Quijote se contemplan el ejercicio continuo del heroísmo y la ilusión perenne de la virtud; en Sancho el ansia de poseer su ínsula para gozar de la abundancia y de la hartura. Del choque de estos dos caracteres contrapuestos nace un tejido de aventuras donde se ofrecen cuadros admirables de la vida real, y, como reflejos de esta vida, deliciosas escenas donde aparecen juntos la risa y el llanto, la jovialidad y la amargura, la miel de la inocencia y el acíbar de la malicia y de la socarronería.

Pinta Cervantes un cuadro completo de la vida, y nada falta en él para hacer perfecta la ilusión de la realidad. Las selvas y las ciudades, las chozas y los palacios están descritos con exactitud y belleza inimitables; los caracteres de los personajes denotan profunda observación y conocimiento clarísimo de la vida y de los hombres. Sin ser un libro de moral, sino de honesto entretenimiento, instruye deleitando, lleva al espíritu nobles pensamientos y al corazón consoladoras esperanzas, y está, finalmente, empapado en esa filosofía netamente cristiana que eleva el alma al cielo, lugar de nuestra eterna bienandanza.

«La pluma es lengua del alma, dice Don Quijote; cuales fueren los conceptos que en ella se engendraren, tales serán sus escritos»; y como Cervantes tiene una alma noble y un corazón generoso y grande, el Quijote abunda en pensamientos levantados, virtudes heroicas, reglas de conducta sapientísimas, que

muestran al hombre el verdadero camino de la vida, no de otro modo que si su autor se hubiera propuesto escribir con la historia del Héroe manchego, un tratado de educación completa.

EDUCACION COMPLETA

El que busca en el **Quijote** ejemplos de educación física, que vigoriza y embellece el cuerpo, haciéndolo más ágil y apto para el trabajo, fuente de salud y bienestar, los hallará cumplidos en las cualidades que admira Teresa Panza en el hijo de Juan Tocho, «mozo rollizo y sano», que ella quisiera para marido de Sanchica; en los encarecimientos que hace el Duque del ejercicio de la caza; en las alabanzas que se tributan a Basilio, el competidor de Camacho, el rico, «el más ágil mancebo que conocemos, gran tirador de la barra, luchador extremado y gran jugador de pelota; corre como un gamo, salta más que una cabra y birla a los bolos como por encantamento; canta como una calandria y toca una guitarra que la hace hablar, y sobre todo, juega una espada como el más pintado.»

Quien desee encontrar asuntos relacionados con la educación intelectual, que precave el error y nos da medios para evitarlo, que eleva el alma a Dios formando más alta idea de sus atributos y divinas perfecciones, que proporciona grandes, inefables goces al alma con el descubrimiento de verdades desconocidas y secretos escondidos que la Providencia muestra algunas veces clarísimos al hombre de cultivado ingenio, los hallará, entre otros pasajes, en el que se refiere a la elección de carrera; que nunca debe ser el estudiante forzado a seguir esta o aquella ciencia, sino la que mejor se acomoda a sus naturales inclinaciones; en el que se trata de cómo debe entenderse la historia,

y qué cualidades deben concurrir en los historiadores; en el que el canónigo critica severamente la lectura de los libros de caballería, y encarece las excelencias de la lectura de buenos libros, de la que se sale «erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardía, y todo esto para honra de Dios y provecho suyo.»

Quien apetezca el cultivo del sentimiento, objeto de la educación estética, que sirve de poderoso estímulo para desenvolver las facultades superiores del espíritu y dirigir las inclinaciones y afectos a fines honestos que acrecientan la virtud y contrarrestan los malos instintos y las torcidas pasiones, encontrará motivos oportunos donde se pone a prueba el amor filial, la paz de la sencilla vida del campo y el dulce amor de la patria; descripciones bellísimas, donde el alma enamorada despliega las alas de la fantasía para pintar con pincel de oro el tibio amanecer de un día de verano «apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habían saludado con dulce y meliflua armonía, la venida de la rosada aurora»; retratos, en fin, donde se apuran les exquisiteces del amor, como el que Don Quijote hace de su reina y señora, Dulcinea, cuando dice: «que sus cabellos son oro, su frente, campos elíseos, sus cejas arcos de cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve; y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad, son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas y no compararlas.»

Por último, quien anhele ejemplos de virtud o edu-

cación moral y religiosa, que nos dé conocimiento de Dios y nos instruya acerca del destino de nuestra alma, que dirija la noble aspiración que existe dentro de nosotros, de buscar un objeto más grande, más noble, más elevado que todo lo que nos rodea, que nos ilustre en el conocimiento de nuestros deberes para con Dios, para con nosotros mismos, para nuestros semejantes, al objeto de alcanzar la felicidad en esta vida, y después la bienandanza eterna a que deben dirigirse todos los afanes del educador y del filósofo, en el **Quijote** encontrará innumerables pasajes donde de mano maestra se nos dé a entender la sabiduría y providencia de Dios, los destinos de la vida futura, los caminos y cabos de la virtud y el vicio, para que el hombre cumpla satisfactoriamente su misión en este mundo y logre después el fin último para que fué criado. No hay para qué exponer y multiplicar ejemplos. El **Quijote** entero puede ser considerado como una hermosa tela tejida con hilo de oro, donde, a manera de pintado y artístico tapiz, muéstranse en cada parte y en todas ellas juntas, los encantos de las fábulas, máximas y sentencias de la más alta y moral filosofía.

Todo lo que llevamos dicho referente a educación, y más que callamos por no hacer este razonamiento demasiado prolijo, puede encerrarse, como ejemplo viviente de educación completa—física, intelectual, estética, moral y religiosa,—o como trasunto del aforismo de Juvenal, **mens sana in corpore sano**, en el relato que hace de su vida el caballero del Verde Gabán, rico hidalgo manchego, D. Diego de Miranda, hombre cristiano y perfecto en lo que cabe, a quien Sancho diputa en cuanto le oye, como el primer santo a la gineta que ha visto en todos los días de su vida, y es como sigue: «Yo, señor caballero de la Triste Figura, soy un Hidalgo, natural de un lugar

donde iremos a comer hoy si Dios fuese servido; soy más que medianamente rico, y es mi nombre Don Diego de Miranda; paso la vida con mi mujer y con mis hijos y con mis amigos: mis ejercicios son los de la caza y pesca, pero no mantengo ni halcón ni galgos, sino algún perdigón manso o algún hurón atrevido; tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latín, de historia algunos y de devoción otros: los de caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas; hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje y admiren y suspendan con la invención, puesto que de éstos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis amigos y vecinos, y muchas veces los convido; son mis convites limpios y aseados y no nada escasos: ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure: no escudriño las vidas ajenas ni soy lince de los hechos de los otros: oigo misa cada día, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras por no dar entrada en mi corazón a la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón más recatado; procuro poner en paz los que están desavenidos; soy devoto de Nuestra Señora, y confío siempre en la misericordia infinita de Dios Nuestro Señor.» ¿Pueden ponerse a la consideración de los hombres ejemplos de vida más bien ordenada y perfecta?

EL «QUIJOTE» EN LAS ESCUELAS

Libro escrito para todos los tiempos y países, el **Quijote** encierra tesoros de observación y enseñanzas utilísimas desde cualquier punto de vista que se le considere. ¡Qué variada, qué hermosa, qué inagotable fuente de temas puede sacar del **Quijote** para

la vida escolar, el maestro ilustrado que solícito se afane en la educación e instrucción de sus discípulos! La doctrina cristiana, la gramática, la literatura, el derecho, la geografía e historia, la economía doméstica, la música, todas las materias escolares pueden ser tratadas con sólo comentar trozos y pasajes de este libro inmortal, que despierta por modo admirable los primeros anhelos del sentir, del pensar y del querer, moviendo el corazón, enriqueciendo la inteligencia y contribuyendo poderosamente a la formación del carácter.

Se ha llamado a Cervantes el Príncipe de los ingenios españoles, y bien puede ufanarse de serlo por la universalidad de su talento, por lo fecundo de su invención, por la riqueza prodigiosa de su fantasía. Quién lo alaba como erudito, quién como purista; éstos como reverendo moralizador, aquéllos como sutilísimo psicólogo; para unos es el católico ferviente, el atildado hablista; para otros el refinado político, el consumado médico, el novelador, el filósofo, el poeta. Y es Cervantes todo esto, y en el **Quijote** hay testimonios que lo prueban, corroboran y confirman; pero ante todo y sobre todo, por el fin que al escribir el **Quijote** se propuso y por los medios que empleó para llevarlo a cabo, Cervantes merece ser considerado como un sabio moralista, como un profundo pedagogo, como verdadero educador.

Pero digamos como Maese Pedro a Don Quijote: «**Operibus credite et non verbis**», y dejándonos de vanos y prolijos discursos, volvamos los ojos a ese libro bendito y grande que tales riquezas atesora; mostremos a los niños y a los hombres en ejemplos sacados del **Quijote**, los tesoros y bellezas inapreciables que acreditan a Cervantes de moralista y pedagogo. Y así como «cualquier estudiantillo alemán o inglés, se sabe de memoria sus clásicos, su Goethe, su Shakespeare,

y tendría por afrenta que se le sorprendiese ayuno de poetas, novelistas, historiadores y eruditos de su patria» (1), hagamos que nuestros escolares se aficionen a la lectura del **Quijote** y sepan recitar los trozos más bellos de este libro maravilloso, que después de la Sagrada Escritura, es el que más veces se ha impreso, el que a más lenguas se ha traducido, el que con más deleite se lee en el mundo.

Y no se diga que el **Quijote** ofrece muchas veces términos y escenas poco edificantes, que su lenguaje es anticuado e impropio para los niños de corta edad, y que Cervantes no escribió su obra para que fuera leída en las escuelas, sino para «poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballería.» En cuanto a lo primero conviene saber que el escrupuloso censor Gutierre de Cetina, informó favorablemente la impresión, porque el **Quijote** «no contiene cosa contra la fe, ni buenas costumbres, antes es libro de mucho entretenimiento lícito, mezclado de mucha filosofía moral», además de que la belleza de elocución borra el efecto de la libertad en la frase, no de otro modo que la belleza artística vela y encubre lo pecaminoso que pudiera haber en el desnudo de un cuadro, aparte de que lo más atrevido de ciertas escenas y términos, puede evitarse con un poco de discreción por parte del maestro.

En cuanto a lo desusado del lenguaje, se ha de responder que no está demás que los niños conozcan los términos anticuados del idioma, en los cuales términos está muchas veces la etimología de las voces modernas y el fundamento de las reglas ortográficas, y a los que conviene se vayan los niños acostumbrando

(1) Discurso de doña Emilia Pardo Bazán en honor del poeta José Gabriel y Galán, en Salamanca.

para cuando tengan que leer alguna otra obra de los clásicos, donde se encierran veneros inagotables de riqueza de la literatura patria.

Pudo, en fin, Cervantes proponerse «deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballería», pero es lo cierto que, desterrados aquellos libros, su obra se sigue leyendo en el mundo con igual deleite, y que aparte de su excelente fondo moral, tiene el **Quijote** bellezas literarias de primer orden que fuera mengua no supiéramos admirar cuantos hablamos la rica y hermosa lengua castellana.

Honremos, pues, la memoria de Cervantes, haciendo leer en las escuelas el **Quijote**, libro portentoso cuya profundidad de concepción por ninguna otra obra literaria ha sido superada y cuya belleza incomparable deleita a la vez que educa e instruye, enderezando el entendimiento a la adquisición de la verdad y el corazón a la posesión del bien. Libro, en fin, que es un poema divino «desenvuelto, como dice Pi y Molist, con inmejorable arte en una narración perspicua y sabrosa, interesante, de movimiento espontáneo y gallardo; rica en sentencias, razonada en donaires; magistral en el estilo, galana en la frase, pura en la dicción, modelo del buen gusto, única en el pensamiento, primera en su género, universalmente celebrada; donde el grave concepto filosófico anda en pareja con el sencillo razonamiento vulgar, la idea sublime con el humilde refrán, tan luminoso acaso como ella; donde el lenguaje de gente ruín tiene una compostura que atrae y un gracejo que hechiza; donde los risueños matices de la naturaleza contrastan con los sombríos colores de la miseria humana; donde ni las alegrías arrojan al desvanecimiento, ni las tristezas precipitan en la desesperación; donde no dejan lugar al odio, a la venganza, al escep-

ticismo, el espíritu de caridad y la fortaleza que alientan en el seno de la más acendrada fe cristiana; donde hasta las fealdades están disimuladas con una suave tinta de hermosura; libro para el cual no ha corrido el tiempo, antes vive en juventud perenne; libro que se lee hoy y se vuelve a leer mañana y todos los días, y siempre admira más y cada vez pone a la vista nuevos primores; libro que al sabio contenta, al ignorante adoctrina y a todos embelesa con el deleite puro que nace de la percepción y contemplación de lo bello en la excelsitud de lo ideal; monumento con que el genio ha simbolizado la hidalguía, esfuerzo e intrepidez de la raza española, su magnánima generosidad en las bienandanzas y su varonil entereza en el sufrimiento de los infortunios.»

TROZOS ESCOGIDOS DEL «QUIJOTE»

En corroboración de todo lo que llevamos dicho, y para dar a este trabajo el interés y amenidad que no ha podido prestarle nuestro pobre ingenio, ponemos a continuación una serie de breves trozos, entresacados especialmente del **Quijote**, donde se muestra el espíritu educativo que informa este libro por tantos títulos admirable.

Con éstos y otros muchos trozos, que fácilmente pueden extraerse, podría formarse un libro muy interesante para uso de los niños que concurren a las escuelas. Este libro serviría para enseñar a leer, para ejercicios de lenguaje y de dictados, para deducir máximas morales de alto precio y para comunicar a los niños muy útiles y variadas enseñanzas.

Después de la lectura de cada trozo, un ejercicio de conversación bien dirigida puede ser ocasión propicia para ilustrar la inteligencia del niño con conocimientos útiles y positivos, para hablar de la propie-

dad y significado de ciertas palabras, explicar las de sentido figurado, buscar en el Diccionario las ya caídas en desuso, analizar los pensamientos y estudiar la belleza y corrección de las frases que son dechados de pureza y elegancia.

Este libro de lectura, extraído del Quijote, sería como una enciclopedia para el maestro hábil que sabe sacar, cual nuevo Moisés, de la roca dura, veneros inagotables de riqueza. La conversación y el recitado, como complemento de la lectura, serían ejercicios provechosísimos, tanto para el desarrollo de las facultades intelectuales, como para despertar nobles sentimientos, para adquirir el buen gusto y para formar el carácter.

De esta manera enriqueceríamos seguramente la inteligencia del niño con muchos y muy variados conocimientos, avivaríamos su natural instinto de imitación con los buenos modelos literarios, y promoveríamos en las escuelas una obra grandemente educativa y eminentemente patriótica.

TROZOS ESCOGIDOS

1

ADIVINACIONES.—*De necios es el creerlas* (1).

A sólo Dios está reservado conocer los tiempos y los momentos, y para él no hay pasado ni porvenir ; que todo es presente.

(Quijote, Par. II; Cap. XLVII).

2

AFORISMOS.—*Son sentencias breves y doctrinales que deben meditarse.*

Más quiero ser mala con esperanza de ser buena, que buena con propósito de ser mala.

No hay carga más pesada que la mujer liviana.

---

(1) Hubiéramos podido disponer estos trozos en orden pedagógico, agrupando separadamente los que se refieren a cada una de las partes en que se considera dividida la educación, y también formando un tratado de moral dividido en capítulos y secciones; hemos preferido, sin embargo, el orden alfabético, por la facilidad que da esta forma para buscar en cualquier momento el asunto que interese.

Más hermoso parece el soldado muerto en la batalla, que sano en la huída.

Dichoso es el soldado que cuando está peleando sabe que le está mirando su príncipe.

La hermosura que se acompaña con la honestidad, es hermosura; y la que no, no es más de un buen parecer.

La mejor dote que puede llevar la mujer es la honestidad; porque la hermosura y la riqueza, el tiempo la gasta o la fortuna la deshace.

A mucho obligan las leyes de la obediencia forzosa; pero a mucho más las fuerzas del gusto.

(Persiles y Sigismunda).

3

AFRENTA.—*¿En qué se diferencia del agravio?*

Las mujeres, los niños y los eclesiásticos, como no pueden defenderse, aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados, porque entre el agravio y la afrenta hay esta diferencia: la afrenta viene de parte de quien la puede hacer, y la hace y la sustenta: el agravio puede venir de cualquiera parte, sin que afrente.

Sea ejemplo: está uno en la calle descuidado, llegan diez con mano armada y dándole de palos, pone mano a la espada y hace su deber; pero la muchedumbre de los contrarios se le opone, y no le deja salir con su intención, que es vengarse: este tal queda agraviado, pero no afrentado.

Y lo mismo confirmará otro ejemplo: está uno vuelto de espaldas, llega otro y dale de palos, y dándoselos huye y no espera; y el otro le sigue, y no le alcanza; éste que recibió los palos

recibió agravio, mas no la afrenta, porque la afrenta ha de ser sustentada.

Si el que le dió los palos, aunque se los dió a hurtacordel, pusiera mano a su espada y se estuviera quedo haciendo rostro a su enemigo, quedara el apaleado agraviado y afrentado, juntamente: agraviado, porque le dieron a traición; afrentado, porque el que dió, sustentó lo que había hecho sin volver las espaldas y a pie quedo.

(Quijote. Par. II; Cap. XXXII).

4

AGRADECIDOS.—*Debemos mostrarnos siempre agradecidos a nuestros bienhechores.*

Mira, Sancho, dijo Don Quijote, mucha diferencia hay de las obras que se hacen por amor, a las que se hacen por agradecimiento. Bien puede ser que un caballero sea desamorado; pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido.

(Quijote, Par. II· Cap. XLVII)

5

AGRADECIMIENTO.—*Cómo lo muestran los hombres.*

Uno de los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome a lo que suele decirse que de los desagradecidos está lleno el infierno.

Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razón; y si no puedo pagar las buenas

obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas, y cuando éstos no bastan, los publico; porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, también las recompensara con otras si pudiera; porque por la mayor parte los que reciben son inferiores a los que dan, y así es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dádivas del hombre, a las de Dios con igualdad, por infinita distancia, y esta estrecheza y cortedad en cierto modo las suple el agradecimiento.

(Quijote, Par. II; Cap. LVIII).

6

AGRAVIOS.—*Debe el hombre saber defender su honra.*

Señor, dijo Sancho Panza, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer e hijos que sustentar y criar: así que, séale a vuestra merced aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano a la espada ni contra villano ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho, o haga, o haya de hacer persona alta, ora baja, rica o pobre, hidalgo o pechero, sin exceptuar estado ni condición alguna.

Lo cual oído por su amo le respondió: «Quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplicara tanto cuanto, para darte a entender, Panza, el error en que estás. Ven acá, pecador: si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llenán-

donos las velas del deseo, para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las ínsulas que te tengo prometidas, ¿qué sería de ti, si, ganándola yo, te hiciese señor de ella? Pues lo vendrías a imposibilitar, por no ser caballero ni quererlo ser, ni tener valor ni intención de vengar tus injurias y defender tu señorío.

Porque has de saber que en los reinos y provincias nuevamente conquistados, nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, a probar ventura; y así, es menester que el nuevo posesor tenga entendimiento para saber gobernar y valor para ofender y defenderse en cualquier acontecimiento.»

(Quijote, Par. I; Cap. XV).

7

AGÜEROS.—*No se fundan sobre natural razón alguna.*

Esto que el vulgo suele llamar comúnmente agüeros, que no se fundan sobre natural razón alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos.

Levántase uno de estos agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con un fraile de la orden del bienaventurado San Francisco, y como si hubiera encontrado con un grifo, vuelve las espaldas y vuélvese a su casa. Derrámasele al otro Mendoza la sal, de encima de la mesa, y derrámasele a él la melancolía por el corazón: como si estuviese obligada la naturale-

za a dar señales de las venideras desgracias con cosas de tan poco momento como las referidas.

El discreto cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el cielo. Llega Escipión a Africa, tropieza en saltando en tierra ; tiénenlo por mal agüero sus soldados ; pero él abrazándose con el suelo, dijo : «no te me podrás huir, Africa, porque te tengo asida y entre mis brazos.»

(Quijote, Par. II; Cap. LVIII).

8

ALABANZAS.—*Nadie debe hacerlas de su persona.*

Creedme, fermosa señora, que os podéis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo a mi persona, que es tal que si yo no la alabo, es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece ; pero mi escudero os dirá quién soy. Sólo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho, para agradecéroslo mientras la vida me durase.

(Quijote, Par. I; Cap. XVI).

9

AMAS O SEÑORAS.—*Su mal ejemplo pervierte a las criadas.*

Es cosa cierta que los descuidos de las señoras quitan la vergüenza a las criadas ; las cuales cuando ven a las amas echar traspiés, no se les da nada a ellas de cojear, ni de que lo sepan... Este daño acarrean, entre otros, los pecados de las señoras, que se hacen esclavas de sus mismas

criadas, y se obligan a encubrirles sus deshonestidades y vilezas.

(Quijote, Par. I; Cap. XXXIV).

10

AMBICIÓN.—*La felicidad no está en poseer y mandar, sino en saber conformarse con lo que se tiene.*

Cuando Sancho dejó el gobierno de la ínsula, se fué a la caballeriza y «llegándose al rucio, le abrazó y le dió un beso de paz en la frente, y no sin lágrimas en los ojos, le dijo :—Venid vos acá, compañero mío y amigo mío y conllevador de mis trabajos y miserias : cuando yo me avenía con vos, y no tenía otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos y de sustentar vuestro corpezuelo, dichosas eran mis horas, mis días y mis años ; pero después que os dejé, y me subí sobre torres de la ambición y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos.»

(Quijote, Par. II; Cap. LIII).

11

AMOR FRATERNAL.—*El amor fraternal está expresado tan tiernamente en la narración del cautivo, que no cabe mayor encarecimiento.*

Acudió el capitán a abrazar a su hermano, y él le puso las manos en los pechos por mirarle algo más apartado ; mas cuando le acabó de conocer le abrazó tan estrechamente, derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los más

de los que presentes estaban le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dijeron, los sentimientos que mostraron apenas creo que puedan pensarse, cuanto más escribirse.

(Quijote, Par. I; Cap. XLII).

12

Amor a los animales.—*Es indicio de buenos sentimientos.*

No quería Sancho a su rucio menos que si fuera una persona ; así, cuando Ginesillo se lo quita se lamenta amargamente, y cuando lo recobra, «abrazándole le dijo: ¿cómo has estado, bien mío, rucio de mis ojos, compañero mío? Y con esto le besaba y acariciaba como si fuera persona ; y el asno callaba, y se dejaba besar y acariciar de Sancho sin responderle palabra alguna.»

(Quijote, Par. I; Cap. XXX).

13

Amor de la Patria.—*Es uno de los amores más dulces.*

He aquí cómo lloran su destierro los judíos expulsados de España. Las palabras que Cervantes puso en boca de ellos, podrían repetirse con igual fundamento en nuestros días :

«Doquiera que estamos lloramos por España, que en fin nacimos en ella, y es nuestra patria natural : en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea ; y en Berbería y en todas las partes del Africa, donde esperábamos ser recibidos, acogidos y regalados, allí es

donde más nos ofenden y maltratan. No hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver a España, que los más de aquéllos, y son muchos, que saben la lengua como yo, se vuelven a ella y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen; y agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria.»

(Quijote, Par. II; Cap. LII).

14

AMOS Y CRIADOS.—*Cómo todo caballero debe honrar al criado que bien le sirve, aunque el criado más estime la libertad y llaneza que el regalo.*

Sentóse Don Quijote y quedábase Sancho en pie para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pie su amo, le dijo:—Por que veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería y cuán a pique están los que en cualquiera ministerio de ella se ejercitan de venir brevemente a ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí a mi lado y en compañía de esta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere; porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice, que todas las cosas iguala.

—Gran merced, dijo Sancho; pero sé decir a vuestra merced, que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comería en pie y a mis solas, como sentado a par de un emperador. Y aun si va a decir verdad, mucho mejor

me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme a menudo, no estornudar ni toser, si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo· Así que, señor mío, estas honras que vuestra merced quiere darme, por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de más cómodo provecho : que éstas, aunque las doy por bien recibidas, las renuncio para desde aquí al fin del mundo.

—Con todo eso te has de sentar, dijo Don Quijote, porque a quien se humilla Dios lo ensalza ; y asiéndole por el brazo, le forzó a que junto a él se sentase.

(Quijote, Par. I; Cap. XI).

15

ANCIANOS.—*Respeto a que les estamos obligados.*

Aún me maravillo yo, dijo Sancho, de cómo vuestra merced no se subió sobre el vejete, y le molió a coces todos los huesos, y le peló las barbas sin dejarle pelo en ellas. No, Sancho amigo mío, respondió Don Quijote, no me estaba a mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados a tener respeto a los ancianos, aunque no sean caballeros.

(Quijote, Par. II; Cap. XXIII).

16

ANIMALES.—*No sólo prestan al hombre utilidad, sino enseñanzas ; bárbaro fuera el maltratarlos.*

De las bestias han recibido muchos advertimientos los hombres y aprendido muchas cosas de importancia, como son de las cigüeñas el clíster, de los perros el vómito y el agradecimiento, de las grullas la vigilancia, de las hormigas la providencia, de los elefantes la honestidad, y la lealtad del caballo.

(Quijote, Par. II; Cap. XII).

17

APLICACIÓN.—*Uno de los primeros deberes del hombre, como sér racional, es el de cultivar su inteligencia.*

La lectura ha sido considerada como la llave de los conocimientos humanos. Cervantes era tan aficionado a leer, que según él mismo nos dice, «solía leer hasta los papeles rotos de las calles.»

(Quijote, Par. I; Cap IX).

18

ARMAS.—*Cuándo deben tomarse. Nunca es justa la venganza. Debemos hacer bien a nuestros enemigos·*

Los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar las armas y desenvainar las espadas, y poner a riesgo sus personas, vidas y haciendas. La primera

por defender la fe católica; la segunda por defender su vida, que es de ley natural y divina; la tercera en defensa de su honra, de su familia y hacienda; la cuarta en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisiéremos añadir la quinta (que se puede contar por segunda) es en defensa de su patria. A estas cinco causas, como capitales, se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables, y que obliguen a tomar las armas; pero ¡tomadas por niñerías, y por cosas que antes son de risa y pasatiempo que de afrenta!... Parece que quien las toma carece de todo razonable discurso; cuanto más que el tomar venganza injusta (que justa no puede haber alguna que lo sea), va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien a nuestros enemigos y que amemos a los que nos aborrecen: mandamiento que, aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen menos de Dios que del mundo, y más de carne que de espíritu; porque Jesucristo Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dijo, que su yugo era suave y su carga liviana; y así no nos había de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla.

(Quijote, Par. II; Cap. XXVII).

19

ARMAS.—*El ejército es el sostén de la patria. Quien ame la paz y el orden no puede rehusar el servicio de las armas.*

Hablando de las armas dice Don Quijote: «Las leyes no se podrían sustentar sin ellas,

porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de corsarios, y, finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y de tierra estarían sujetos al rigor y a la confusión que trae consigo la guerra, el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas.»

(Quijote, Par. I; Cap. XXXVII).

20

AURORA.—*Su belleza muestra la sabiduría de Dios.*

Nada eleva tanto nuestro ánimo como el contemplar las bellezas de la Creación, testimonio viviente de que existe un Dios infinitamente grande, y providente y bueno. Cervantes tiene bellísimas descripciones de la aurora; he aquí una de ellas:

«En esto ya comenzaban a gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecía que daban la norabuena y saludaban a la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del Oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas, parecía asimismo que ellas brotaban y llovían blanco y menudo aljófar, los sauces destilaban maná sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas, y enriquecíanse los prados con su venida.»

(Quijote, Par. II; Cap. XIV).

21

BATANES (*aventura de los*).—*Cómo el miedo turba los sentidos a los hombres de ánimo apocado, y es una de las más graciosas y bellísimas descripciones del «Quijote», con otras cosas que verá el que leyere.*

No hubieron andado doscientos pasos, cuando llegó a sus oídos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba: alegróles el ruido en gran manera, y parándose a escuchar hacia qué parte sonaba, oyeron a deshora otro estruendo que les aguó el contento del agua, especialmente a Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo: digo que oyeron que daban unos golpes a compás, con un cierto crujir de hierros y cadenas que acompañados del furioso estruendo del agua, pusieran pavor a cualquier otro corazón que no fuera el de Don Quijote.

Era la noche oscura, y ellos acertaron a entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento, hacían un temeroso y blando ruído; de manera que la soledad, el sitio, la oscuridad, el ruido del agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y más cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormía, ni la mañana llegaba, añadiéndose a todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban; pero Don Quijote, acompañado de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela, terció su lanzón y dijo:

—Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro, o la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien es-

tán guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos: yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia y los nueve de la Fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y los Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en éste que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que oscurezcan las más claras que ellos ficieron.

Bien notas, escudero fiel y leal, las tinieblas de esta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo de estos árboles, el temeroso ruido de aquella agua, en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la Luna, y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oídos, las cuales cosas todas juntas y cada una por sí son bastantes a infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, cuanto más en aquel que no está acostumbrado a semejantes acontecimientos y aventuras. Pues todo esto que yo te pinto con incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por más dificultosa que se muestre. Así que, aprieta un poco las cinchas a Rocinante, quédate a Dios, y espérame aquí hasta tres días no más, en los cuales, si no volviere, puedes tú volverte a nuestra aldea, y desde allí por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás a la incomparable señora mía Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo.

Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó a llorar con la mayor ternura del mundo y a decirle :

—Señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura : ahora es de noche, aquí no nos ve nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres días ; y pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes : cuanto más que yo he oído muchas veces predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced muy bien conoce, que quien busca el peligro perece en él. Así que no es bien tentar a Dios acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro, y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en no ser manteado como lo fuí, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto. Y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazón, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo de miedo, dé mi ánima a quien quisiera llevarla.

Yo salí de mi tierra y dejé hijos y mujer por venir a servir a vuestra merced, creyendo valer más, y no menos ; pero como la codicia rompe el saco, a mí me ha rasgado mis esperanzas, pues cuanto más vivas las tenía de alcanzar aquella negra y malhadada ínsula, que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco de ella, me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado de trato humano. Por un solo Dios, señor mío, que non se me faga tal desaguisado ; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo al menos hasta la mañana, que a lo que a mí me

muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo.

—¿Cómo puedes tú, Sancho, dijo Don Quijote, ver dónde hace esa línea, ni dónde está esa boca o ese colodrillo que dices, si hace la noche tan oscura que no parece en todo el cielo estrella alguna?

—Así es, dijo Sancho, pero tiene el miedo muchos ojos y ve las cosas debajo de tierra, cuanto más encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aquí al día.

—Falte lo que faltare, respondió Don Quijote, que no se ha de decir por mí ahora, ni en ningún tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debía a estilo de caballero; y así te ruego, Sancho, que calles, que Dios que me ha puesto en corazón de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud y de consolar tu tristeza. Lo que has de hacer es apretar bien las cinchas a Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto o vivo o muerto.

Viendo, pues, Sancho la última resolución de su amo, y cuán poco valían con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el día si pudiere; y así, cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ambos pies a Rocinante, de manera que cuando Don Quijote se quiso partir no pudo, porque el caballo no se podía mover sino a saltos.

Viendo Sancho Panza el buen suceso de su

embuste, dijo :—Ea, señor, que el cielo, conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante, y si vos queréis porfiar y espolear y dalle, será enojar a la fortuna y dar coces, como dicen, contra el aguijón.

Desesperábase con esto Don Quijote, y por más que ponía las piernas al caballo, menos le podía mover ; y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse y esperar, o a que amaneciese, o a que Rocinante se menease, creyendo, sin duda, que aquéllo venía de otra parte que de la industria de Sancho, y así le dijo :

—Pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar a que ría el alba, aunque yo llore lo que ella tardare en venir.

—No hay que llorar, respondió Sancho, que yo entretendré a vuestra merced, contando cuentos desde aquí al día, si ya no es que se quiere apear, y echarse a dormir un poco sobre la verde yerba, a uso de caballeros andantes, para hallarse más descansado cuando llegue el día y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera.

—¿A qué llamas apear o a qué dormir?, dijo Don Quijote. ¿Soy yo, por ventura, de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? Duerme tú que naciste para dormir o haz lo que quisieres, que yo haré lo que viere que viene con mi pretensión.

—No se enoje vuestra merced, señor mío, respondió Sancho, que no lo dije por tanto ; y llegándose a él, puso la una mano en el arzón delantero y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin

osarse apartar de él un dedo: tal era el miedo que tenía a los golpes que todavía alternativamente sonaban.

Díjole Don Quijote que contase algún cuento para entretenerle, como se lo había prometido: a lo cual Sancho dijo que sí hiciera, si le dejara el temor de lo que oía; pero con todo eso, añadió, yo me esforzaré a decir una historia, que si la acierto a contar y no me van a la mano, es la mejor de las historias; y estéme vuestra merced atento que ya comienzo.

—Erase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere a buscar; y advierta vuestra merced, señor mío, que el principio que los antiguos dieron a sus consejos no fué así como quiera, que fué una sentencia de Catón Zonzorino, romano, que dice: «y el mal para quien le fuere a buscar», que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo y no vaya a buscar el mal a ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza a que sigamos éste donde tantos miedos nos sobresaltan.

—Sigue tu cuento, Sancho, dijo Don Quijote, y del camino que hemos de seguir déjame a mí el cuidado.

—Digo, pues, prosiguió Sancho, que en un lugar de Extremadura había un pastor cabrerizo, quiero decir, que guardaba cabras, el cual pastor o cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralba, la cual pastora, llamada Torralba, era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico...

—Si de esta manera cuentas tu cuento, Sancho, dijo Don Quijote, repitiendo dos veces lo que

vas diciendo, no acabarás en dos días : dílo seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento, y si no, no digas nada.

—De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contarlas de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos.

—Dí como quisieres, respondió Don Quijote, que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue.

—Así que, señor mío de mi ánima, prosiguió Sancho, que como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralba la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo a hombruna, porque tenía unos pocos bigotes, que parece que ahora la veo.

—¿Luego conocístela tú?, dijo Don Quijote.

—No la conocí yo, respondió Sancho, pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podía bien, cuando lo contase a otro, afirmar y jurar que lo había visto todo : así que yendo días y viniendo días, el diablo que no duerme y que todo lo añazca, hizo de manera que el amor que el pastor tenía a su pastora se volviese en omecillo y mala voluntad ; y la causa fué, según malas lenguas, una cierta cantidad de celillos que ella le dió, tales que pasaban de la raya y llegaban a lo vedado ; y fué tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra, e irse donde sus ojos no la viesen jamás. La Torralba que se vió desdeñada del Lope, luego le quiso bien, más que nunca le había querido.

—Esa es natural condición de las mujeres, dijo

Don Quijote, desdeñar a quien las quiere y amar a quien las aborrece: pasa adelante, Sancho.

—Sucedió, dijo Sancho, que el pastor puso por obra su determinación, y antecogiendo sus cabras, se encaminó por los campos de Extremadura para pasar a los reinos de Portugal. La Torralba que lo supo se fué tras él, y seguíale a pie y descalza desde lejos, con un bordón en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, según es fama, un pedazo de espejo y otro de un peine, y no sé qué botecillo de mudas para la cara; mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguarlo, sólo diré que dicen que el pastor llegó con su ganado a pasar el río Guadiana, y en aquella sazón iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no había barca ni barco, ni quien le pasase a él ni a su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veía que la Torralba venía ya muy cerca, y le había de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas; mas tanto anduvo mirando, que vió un pescador que tenía junto a sí un barco tan pequeño, que solamente podían caber en él una persona y una cabra, y con todo esto le habló y concertó con él que le pasase a él y a trescientas cabras que llevaba.

Entró el pescador en el barco una cabra, volvió y pasó otra, tornó a volver y tornó a pasar otra. Tenga vuestra merced cuenta con las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria se acabará el cuento, y no será posible contar más palabra de él. Sigo, pues, y digo que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver:

con todo esto volvió por otra cabra, y otra y otra.

—Haz cuenta que las pasó todas, dijo Don Quijote, no andes yendo y viniendo de esa manera, que no acabarás de pasarlas en un año.

—¿Cuántas han pasado hasta ahora?, dijo Sancho.

—¿Yo qué diablo sé?, respondió Don Quijote.

—He ahí lo que yo dije, que tuviese buena cuenta: pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay que pasar adelante.

—¿Cómo puede ser eso?, respondió Don Quijote: ¿tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso, que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia?

—No, señor, en ninguna manera, respondió Sancho; porque así como yo pregunté a vuestra merced que me dijese cuántas cabras habían pasado, y me respondió que no sabía, en el mismo instante se me fué a mí de la memoria cuánto me quedaba por decir, y a fe que era de mucha virtud y contento.

—De modo, dijo Don Quijote, que ya la historia es acabada?

—Tan acabada es como mi madre, dijo Sancho.

—Dígote de verdad, respondió Don Quijote, que tú has contado una de las más nuevas consejas, cuento o historia que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla ni dejarla, jamás se podría ver ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso; mas no me maravillo, pues quizá estos golpes, que no cesan, te deben tener turbado el entendimiento.

—Todo puede ser, respondió Sancho ; mas yo sé que en lo de mi cuento no hay más que decir, que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasaje de las cabras.

—Acabe norabuena donde quisiere, dijo Don Quijote, y veamos si se puede mover Rocinante. Tornóle a poner las piernas, y él tornó a dar saltos y estarse quedo : tanto estaba de bien atado.

En esto parece ser, o que el frío de la mañana que ya venía, o que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, o que fuese cosa natural (que es lo que más se debe creer), a él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él ; mas era tanto el miedo que había entrado en su corazón, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo ; pues pensar de no hacer lo que tenía gana tampoco era posible, y así lo que hizo por bien de paz fué soltar la mano derecha que tenía asida al arzón trasero, con la cual bonitamente y sin rumor alguno se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenían, sin ayuda de otra alguna, y en quitándosela dieron luego abajo, y se le quedaron como grillos : tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al aire entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas : hecho esto (que él pensó que era lo más que tenía que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia), le sobrevino otra mayor, que fué que le pareció que no podía mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó a apretar los dientes y encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo cuanto podía ; pero con todas estas diligencias fué tan desdichado, que al cabo vino a hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que a él le ponía tanto miedo.

Oyólo Don Quijote y dijo:—¿Qué rumor es ese, Sancho?

—No sé, señor, respondió él: alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco.

Tornó otra vez a probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin más ruido ni alboroto que el pasado se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le había dado; mas como Don Quijote tenía el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él que casi por línea recta subían los vapores hacia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen a sus narices; y apenas hubieron llegado, cuando él fué al socorro apretándolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso dijo:

—Paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo.

—Sí tengo, respondió Sancho. Mas ¿en qué lo echa de ver vuestra merced ahora más que nunca?

—En que ahora más que nunca hueles, y no a ámbar, respondió Don Quijote.

—Bien podrá ser, dijo Sancho; mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced que me trae a deshoras y por estos no acostumbrados pasos.

—Retírate tres o cuatro allá, amigo, dijo Don Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices), y desde aquí adelante ten más cuenta con tu persona y con lo que debes a la mía, que la mucha conversación que tengo contigo ha engendrado este menosprecio.

—Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba.

—Peor es meneallo, amigo Sancho, respondió Don Quijote.

En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo ; más viendo Sancho que a más andar se venía la mañana, con mucho tiento desligó a Rocinante y se ató los calzones.

Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió y comenzó a dar manotazos, porque corvetas, con perdón suyo, no las sabía hacer : viendo, pues, Don Quijote que ya Rocinante se movía, lo tuvo a buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura.

Acabó en esto de descubrirse el alba y de parecer distintamente las cosas, y vió Don Quijote que estaba entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy oscura : sintió también que el golpear no cesaba, pero no quien lo podía causar ; y así, sin más detenerse, hizo sentir las espuelas a Rocinante ; y tornando a despedirse de Sancho, le mandó que allí le aguardase tres días a lo más largo, como ya otra vez se lo había dicho ; y que si al cabo de ellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto que Dios había sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus días.

Tornóle a referir el recado y embajada que había de llevar de su parte a su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba a la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él había dejado hecho su testamento antes que saliera de su lugar, donde se hallaría gratificado de todo lo tocante a su salario, rata por cantidad del tiempo que hubiese servido ; pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podía tener por muy más que cierto la prometida ínsula.

De nuevo tornó a llorar Sancho oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor,

y se determinó de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio. De estas lágrimas y determinación tan honda de Sancho Panza saca el autor desta historia que debía ser bien nacido, y por lo menos cristiano viejo, cuyo sentimiento enterneció algo a su amo, pero no tanto que mostrase flaqueza alguna ; antes disimulando lo mejor que pudo, comenzó a caminar hacia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venía.

Seguíale Sancho a pie, llevando, como tenía de costumbre, del cabestro a su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas ; y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo que al pie de unas altas peñas se hacía, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua : al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que más parecían ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salía el ruido y estruendo de aquel golpear que aún no cesaba.

Alborotóse Rocinante con el ruido del agua y de los golpes, y sosegándole Don Quijote, se fué llegando poco a poco a las casas, encomendándose de todo corazón a su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba también a Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podía el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante por ver si vería ya lo que tan suspenso y medroso le tenía.

Otros cien pasos serían los que anduvieron, cuando al doblar de una punta pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese

ser otra, de aquel horrísono y para ellos espantable ruido que tan suspensos y medrosos toda la noche los había tenido, y eran (si no lo has, oh lector, por pesadumbre y enojo), seis mazos de batán que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban.

Cuando Don Quijote vió lo que era, enmudeció y pasmóse de arriba abajo.

Miróle Sancho y vió que tenía la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró también Don Quijote a Sancho, y vióle que tenía los carrillos hinchados y la boca llena de risa, con evidentes señales de querer reventar con ella ; y no pudo su melancolía tanto con él que a la vista de Sancho pudiese dejar de reirse : y como vió Sancho que su amo había comenzado, soltó la presa de manera que tuvo necesidad de apretarse las hijadas con los puños por no reventar riendo.

Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió a su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo cual ya se daba al diablo Don Quijote, y más cuando le oyó decir como por modo de fisga : «Has de saber, oh Sancho amigo, que yo nací, por querer del cielo, en esta nuestra edad de hierro para suscitar en ella la dorada o de oro : yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos ; y por aquí fué repitiendo todas o las más razones que Don Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes.

Viendo, pues, Don Quijote que Sancho hacía burla de él, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzón y le asentó dos palos, tales que si como los recibió en las espaldas, los recibiera

en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario si no fuera a sus herederos.

Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dijo :

—Sosiéguese vuestra merced, que por Dios que me burlo.

—Pues porque os burláis no me burlo yo, respondió Don Quijote. Venid acá, señor alegre ; ¿paréceos a vos que si como estos fueron mazos de batán, fueran otra peligrosa aventura, no habría yo mostrado el ánimo que convenía para emprenderla y acabarla ? Estoy yo obligado a dicha, siendo como soy caballero, a conocer y distinguir los sones y saber cuáles son de batán o no ? Y más que podría ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habréis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos. Si no, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, echádmelos a las barbas uno a uno o todos juntos, y cuando yo no diese con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiéredes.

(Quijote, Par. I; Cap. XX).

22

BIENES DE FORTUNA.—*Discreto empleo que se hará de ellos.*

Toma con discreción el pulso a lo que pudiera valer tu oficio ; y si sufriese que des librea a tus criados, dásela honesta y provechosa, más que vistosa y bizarra, y repártela entre tus criados y los pobres : quiero decir que si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres, y así

tendrás pajes para el cielo y para el suelo: y este nuevo modo de dar librea no le alcanzan los vanagloriosos.

(Quijote, Par. II; Cap. XLIII).

23

BIENES ETERNOS.—*La fama de este mundo es pasajera.*

Los cristianos católicos más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna, en las regiones etéreas y celestes, que a la vanidad de la fama, que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama, por mucho que dure, en fin, se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene un fin señalado.

(Quijote, Par. II; Cap. XLI).

24

BODAS.—*Conviene hacerlas entre los de igual condición.*

A buena fe, respondió Sancho, que si Dios me lleva a tener algo qué de gobierno, que tengo de casar, mujer mía, a Mari-Sancha tan altamente que no la alcancen sino con llamarle señoría.

—Eso no, Sancho, respondió Teresa, casadla con su igual, que es lo más acertado; que si de los zuecos la sacáis a chapines, y de saya parda de catorceno a verdugado y saboyanes de seda, y de una Marica y un tú a una doña tal y señoría, no se ha de hallar la muchacha, y a cada paso ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera.

—Calla, boba, dijo Sancho, que todo será usar-

lo dos o tres años, que después le vendrá el señorío y la gravedad como de molde ; y cuando no, ¿qué importa ? séase ella señoría, y venga lo que viniere.

—Medíos, Sancho, con vuestro estado, respondió Teresa, no os queráis alzar a mayores, y advertid el refrán que dice : al hijo de tu vecino límpiale las narices y métele en tu casa. Por cierto que sería gentil cosa casar a nuestra María con un condazo o con un caballerote, que cuando se le antojase la pusiese como nueva, hartándola de villana, hija del destripaterrones y de la pelarruecas : no, en mis días, marido, para eso por cierto he criado yo a mi hija : traed vos dineros, Sancho, y el casarla dejadlo a mi cargo.

(Quijote, Par II; Cap. V).

25

Burlas.—*No lo son las que causan algún daño.*

No son burlas las que duelen ; ni hay pasatiempos que valgan, si son con daño de tercero.

(Quijote, Par. II; Cap. LXII).

26

Caballero perfecto.—*Las siguientes cualidades no sólo son propias del caballero andante, sino de todo caballero.*

El caballero «ha de guardar la fe a Dios y a su dama ; ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y finalmente, man-

tenedor de la verdad aunque le cueste la vida el defenderla.

(Quijote, Par II; Cap. XVIII).

27

CABALLEROS DE TODO EN TODO.—*Sólo consiste en obrar—como caballero el serlo.*

No todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo ; que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen caballeros, pero no todos pueden estar al toque de la piedra de toque de la verdad. Hombres bajos hay, que revientan por parecer caballeros, y caballeros altos hay que parece que aposta se mueren por parecer hombres bajos : aquéllos se levantan o con la ambición o con la virtud, éstos se abajan o con la flojedad o con el vicio ; y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de caballeros, tan parecidos en los nombres y tan distintos en las acciones.

(Quijote, Par. II; Cap. VI).

28

CABALLERO POBRE.—*Quien no tiene otros bienes de fortuna, debe adquirir la virtud y mostrarse liberal de ella.*

Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido y oficioso (no soberbio, no arrogante, no murmurador), y sobre todo, caritativo ; que con dos maravedís que con ánimo alegre dé al pobre, se

mostrará tan liberal como el que a campana herida da limosna ; y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca, deje de juzgarle y de tenerle por de buena casta, y el no serlo sería milagro ; y siempre la alabanza fué premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados.

(Quijote, Par II; Cap. VI).

29

CADA CUAL A LO SUYO.—*El querer medrar saliéndose de su esfera, suele a veces conducir a muy tristes desengaños.*

Yo no nací para ser gobernador ; ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas, decía Sancho. Mejor se me entiende a mí de arar y cavar, podar y sarmentar las viñas, que de dar leyes, ni defender provincias ni reinos. Bien se está San Pedro en Roma : quiero decir, que bien se está cada uno usando el oficio para que fué nacido.

(Quijote, Par. II Cap. LIII,.

30

CAMPOS FLORIDOS.—*He aquí una descripción bellísima, imaginada por Don Quijote.*

Allí le parece que el cielo es más transparente, y que el sol luce con claridad más viva. Ofrécesele a los ojos una apacible floresta, de tan verdes y frondosos árboles compuesta, que alegra a la vista su verdura y entretiene los oídos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos, que por los intrincados ra-

mos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una artificiosa fuente, de jaspe variado y de liso mármol compuesta ; acá ve otra, a lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol, puestas con orden desordenado, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor ; de manera que el arte imitando a la naturaleza, parece que allí la vence.

(Quijote, Par. I; Cap. L).

31

CASAMIENTO.—*Ha de procederse en este negocio con mucha cordura y consejo.*

Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, dijo Don Quijote, quitaríase la elección y jurisdicción a los padres de casar sus hijos con quien y cuando deben ; y si a la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habría que escogiese al criado de su padre, y tal al que vió pasar por la calle, a su parecer bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachín ; que el amor y la afición con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para escoger estado ; y el del matrimonio está muy a peligro de errarse y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarle.

Quiere hacer uno un viaje largo, y si es prudente, antes de ponerse en camino, busca alguna compañía segura y apacible con quien acompa-

ñarse ; pues ¿ por qué no hará lo mesmo el que ha de caminar toda la vida hasta el paradero de la muerte, y más si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la mesa y en todas partes, como es la de la mujer con su marido? La de la propia mujer no es mercaduría que, una vez comprada, se vuelve, o se trueca o se cambia ; porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida ; es un lazo que, si una vez le echáis al cuello, se vuelve en el nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle.

(Quijote, Par II; Cap. XIX).

32

CAZA.—*Es un excelente ejercicio físico.*

La caza es una imagen de la guerra : hay en ella estratagemas, astucias, insidias para vencer a su salvo al enemigo ; padécense en ella fríos grandísimos y calores intolerables, menoscábase el ocio y el sueño, corrobóranse las fuerzas, agilítanse los miembros del que la usa, y en resolución, es ejercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie y con gusto de muchos.

(Quijote, Par. II; Cap. XXV).

33

CLEMENCIA.—*Debe mostrarse cerca del culpado.*

Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayese debajo de tu jurisdic-

ción, considérale hombre miserable sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuese de tu parte, sin hacer agravio a la contraria, muéstratele piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea a nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

(Quijote, Par. II; Cap XLII).

34

COMPARACIONES.—*La prudencia aconseja evitarlas.*

¿ Y es posible que vuestra merced no sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio a ingenio, de valor a valor, de hermosura a hermosura y de linaje a linaje, son siempre odiosas y mal recibidas ?

(Quijote, Par. II; Cap. I).

35

COMEDIAS.—*Ingeniosa comparación entre ellas y la vida humana ; instabilidad de los honores y distinciones.*

Ninguna comparación hay que más al vivo nos represente lo que somos y lo que debemos ser, como la comedia y los comediantes. Si no, dime : ¿ no has visto tú representar alguna comedia, a donde se introducen reyes, emperadores, pontífices, caballeros, damas y otros diversos personajes ?

Uno hace el rufián, otro el embustero ; éste el mercader ; aquél el soldado ; otro el simple dis-

creto ; otro el enamorado simple, y acabada la comedia y desnudándose de los vestidos de ella, quedan todos los recitantes igual. Pues lo mismo acontece en la comedia y trato de este mundo : donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices, y finalmente, todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia ; pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, a todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura.

¡ Brava comparación ! aunque no tan nueva que yo no la haya oído muchas y diversas veces ; como aquella del juego del ajedrez, que mientras dura el juego cada pieza tiene su particular oficio, y en acabándose el juego todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas èn una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura.

(Quijote, Par. II; Cap. XII)

36

CONFORMIDAD CON SU ESTADO.—*Cada uno debe vivir con los de su condición, sin pretender subir a donde la altura le deslumbre.*

Sancho Panza pregunta a su mujer, por qué no quiere que hagan a su hija condesa.—¿ Sabéis por qué, marido ?, respondió Teresa, por el refrán que dice : por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen ; y si el tal rico fué un tiempo pobre, allí es el murmurar y el maldecir, y el peor perseverar de los maldicientes, que los hay por esas calles a montones como enjambres de abejas.»

(Quijote, Par. II; Cap V).

37

CORTESIA.—*La urbanidad y buena educación obligan al criado tanto como al señor a quien sirve.*

Dime, truhán moderno y majadero antiguo, ¿parécete bien deshonrar y afrentar a una dueña tan venerada y tan digna de respeto como aquella? ¿Tiempos eran aquéllos para acordarte del rucio? o ¿señores son éstos para dejar mal pasar a las bestias, tratando tan elegantemente a sus dueños? Por quien Dios es, Sancho, que te reportes y que no descubras la hilaza de manera que caigan en la cuenta de que eres de villana y grosera tela tejido. Mira, ¡pecador de ti!, que en tanto más es tenido el señor, cuanto tiene más honrados y bien nacidos criados, y que una de las ventajas mayores que llevan los príncipes a los demás hombres, es que se sirven de criados tan buenos como ellos. ¿No adviertes, angustiado de ti y malaventurado de mí, que si ven que tú eres un grosero villano o un mentecato gracioso, pensarán que yo soy algún echacuervos o algún caballero de mohatra? No, no, Sancho amigo; huye, huye de estos inconvenientes; que quien tropieza en hablador y en gracioso, al primer traspié cae y da en truhán desgraciado. Enfrena la lengua, considera y rumia las palabras antes que te salgan de la boca, y advierte que hemos llegado a parte donde, con el favor de Dios y valor de mi brazo, hemos de salir mejorados en tercio y quinto en fama y en hacienda.

(Quijote, Par. II; Cap. XXXI).

38

CORRECCION FRATERNA.—*Ha de hacerse con prudencia y mansedumbre. Don Quijote contesta en los siguientes términos al eclesiástico que le reprende con dureza y sin miramiento alguno.*

El lugar donde estoy, y las presencias ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que vuestra merced profesa, tienen y atan las manos de mi justo enojo ; y así por lo que he dicho, como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mesmas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mía en igual batalla con vuestra merced, de quien se debían esperar antes buenos consejos que infames vituperios.

Las reprehensiones sanas y bien intencionadas otras circunstancias requieren y otros puntos piden ; a lo menos el haberme reprehendido en público y tan ásperamente ha pasado todos los límites de la buena reprehensión, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza ; y no es bien sin tener conocimiento del pecado que se reprehende llamar al pecador, sin más ni más, mentecato y tonto.

(Quijote, Par. II; Cap. XXXII).

39

CONSEJOS.—*Son muy sabios los que da Don Quijote a Sancho al partirse éste para la ínsula Barataria.*

Primeramente, ¡ oh hijo !, has de temer a Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.

Lo segundo has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey.

(Quijote, Par. II; Cap. XLII).

40

CONSUELO.—*Es una obra de misericordia consolar al triste, y una palabra sola suele, a veces, surtir grandes efectos.*

Valeroso caballero, no os despechéis, ni tengáis a siniestra fortuna ésta en que os halláis; que podría ser que en estos tropiezos vuestra torcida suerte se enderezase; que el cielo, por extraños y nunca vistos rodeos, de los hombres no imaginados, suele levantar los caídos y enriquecer los pobres.

(Quijote, Par. II; Cap. LX)

41

CRITICA LITERARIA.—*Debe hacerse con más imparcialidad y misericordia que minuciosidad y envidia.*

Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores siempre o las más veces son envidiados de aquellos que tienen por gusto y particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos, sin haber dado algunos propios a la luz del mundo.

Quisiera yo que tales censuradores, dijo Carrasco, fueran más misericordiosos y menos escrupulosos, sin atenerse a los átomos del sol cla-

rísimo de la obra de que murmuran ; que si *alicuando bonus dormitat Homerus,* consideren lo mucho que estuvo despierto, por dar la luz de su obra con la menos sombra que pudiese ; y quizá podría ser que lo que a ellos les parece mal, fuesen lunares, que a las veces acrecientan la hermosura del rostro que los tiene ; y así digo que es grandísimo el riesgo a que se expone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal que satisfaga y contente a todos los que lo leyeren.

(Quijote, Par. II; Cap. III).

42

CUNA HUMILDE.—*Nadie debe avergonzarse de su humilde nacimiento.*

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje y no te desprecies de decir que vienes de labradores, porque viendo que no te corres, ninguno se pondrá a correrte, y préciate más de ser humilde virtuoso que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que, de baja estirpe nacidos, han subido a la suma dignidad pontificia o imperatoria, y de esta verdad te pudiera traer tantos ejemplos antiguos y modernos que te cansaran.

Mira, Sancho, si tomas por medio la virtud y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia a los que nacieron príncipes y señores, porque la sangre se hereda y la virtud se aquista ; y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale. Siendo esto así, como lo es, si acaso viniere a verte, cuando estés en tu ínsula, alguno de tus parientes, no le deseches ni le

afrentes, antes le has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satisfarás al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás a lo que debes a la naturaleza bien concertada.

(Quijote, Par. II; Cap XLII).

43

DILIGENCIA.—*De ella depende casi siempre el éxito de los negocios.*

Es común proverbio, fermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia que la solicitud del negociante trae a buen fin el pleito dudoso; pero en ningunas cosas se muestra más esta verdad que en las de la guerra, a donde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo y alcanza la victoria antes que el otro se ponga en defensa.

(Quijote, Par. I; Cap. XLVI)

44

DIOS.—*Encomendémonos a El en todas nuestras cosas.*

Encomendadlo (el gobierno) a Dios, dijo Don Quijote; que todo se hará bien, y quizá mejor de lo que vos pensáis; que no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios.

(Quijote, Par. II; Cap. III).

45

DONCELLAS.—*Cuál debe ser su recato.*

Mira, Cristina, de lo que te has de guardar es de un hombre solo y a solas, y no de tantos juntos ; porque antes el ser muchos quita el miedo y el recelo de ser ofendida. Está cierta de una cosa, que la mujer que se determina a ser honrada, entre un ejército de soldados puede serlo. Verdad es que es bueno huir las ocasiones ; pero ha de ser de las secretas, y no de las públicas.

(La Gitanilla.)

46

DULCINEA DEL TOBOSO.—*Retrato que hace Don Quijote de su dama.*

Yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta o no de que el mundo sepa que yo la sirvo : sólo sé decir, respondiendo a lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea ; su patria el Toboso, un lugar de la Mancha ; su calidad, por lo menos ha de ser de princesa, pues es reina y señora mía ; su hermosura, sobrehumana, pues en ella se vienen a hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan a sus damas ; que sus cabellos son oro, su frente Campos Elíseos, sus cejas arcos de cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve ; y las partes que a la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo

la discreta consideración puede encarecerlas y no compararlas.

(Quijote, Par. I; Cap. XIII)

47

EDAD DE ORO.—*Cervantes describe en este bellísimo pasaje aquella edad de oro o ideal que los poetas fingieron en la primitiva Arcadia. De los conceptos que contiene pueden sacarse consecuencias morales de altísimo valor educativo.*

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*.

Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes : a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento, tomar otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes ríos, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecían. En las quiebras de las peñas y en el hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo a cualquiera mano sin interés alguno, la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedían de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas, conque se comenzaron a cubrir las casas, sobre rústicas estacas sustentadas, no más que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad, todo con-

cordia: aún no se había atrevido la pesada reja del corvo arado a abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecía por todas partes su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar a los hijos que entonces la poseían.

Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban pomposas y compuestas, como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado.

Entonces se decoraban los conceptos amorosos del alma, simple y sencillamente, del mismo modo y manera que ella los concebía, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No había la fraude, el engaño ni la malicia mezclándose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no había que juzgar ni quien fuese juzgado.

Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por dondequiera, solas y señoras, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad. Y ahora, en estos

nuestros detestables siglos no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta : porque allí por los resquicios o por el aire, con el celo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia y les hace dar con todo su recogimiento al traste.

(Quijote, Par. I; Cap. XI).

48

EDUCACIÓN Y ENSEÑANZA.—*Cómo se hace en las buenas escuelas.*

No sé qué tiene la virtud, que, con alcanzárseme a mí tan poco o nada de ella, luego recibí gusto de ver el amor, el término, la solicitud y la industria con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban a aquellos niños, enderezándoles las tiernas varas de su juventud, porque no torciesen ni tomasen mal siniestro en el camino de la virtud, que juntamente con las letras les mostraban.

Consideraba cómo les reñían con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con ejemplos, los incitaban con premios, y los sobrellevaban con cordura ; y, finalmente, cómo les pintaban la fealdad y horror de los vicios, y les dibujaban la hermosura de las virtudes, para que, aborrecidos ellos y amadas ellas, consiguiesen el fin para que fueron criados.

(Coloquio de los perros).

49

EJEMPLOS DE VIRTUDES.—*Deben imitarse los mejores.*

Cuando algún pintor quiere salir famoso en su

arte, procura imitar los originales de los más únicos pintores que sabe ; y esta misma regla corre por todos los demás oficios y ejercicios, de cuenta que sirven para adorno de las repúblicas.

Y así lo ha de hacer y hace el que quisiere alcanzar nombre de prudente y sufrido, imitando a Ulises, en cuya pintura y trabajos nos pinta Homero un retrato vivo de prudencia y de sufrimiento ; como también nos mostró Virgilio en la persona de Eneas, el valor de un hijo piadoso, y la sagacidad de un valiente y entendido capitán ; no pintándolos ni describiéndolos como ellos fueron ; sino como habían de ser, para dar ejemplo a los venideros hombres, de sus virtudes.

(Quijote, Par. I; Cap. XXV).

50

ELECCIÓN DE CARRERA.—*Ha de consultarse la vocación de los hijos.*

En lo de forzarles (a los hijos) que estudien bien ésta o aquélla ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso ; y cuando no se ha de estudiar para *pane lucrando,* siendo tan venturoso el estudiante que le dió el cielo padres que se lo dejen, sería yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia a que más le viesen inclinado, y aunque la poesía es menos útil que deleitable, no es de aquellas que suelen deshonrar a quien las posee.

(Quijote, Par. II; Cap. XVI).

51

ENVIDIA.—*Es un pesar del bien ajeno y origen de muchos males.*

La envidia tan bien se aloja en los aduares de los bárbaros y en las chozas de los pastores, como en los palacios de los príncipes ; y esto de ver medrar al vecino, que me parece que no tiene más merecimientos que yo, fatiga... No hay merced que el príncipe haga a su privado, que no sea una lanza que atraviesa el corazón del envidioso.

¡Oh envidia, raíz de infinitos males y carcoma de las virtudes ! Todos los vicios traen un no sé qué de deleite torpe consigo ; pero el de la envidia no trae sino disgustos, rencores y rabias.

(Quijote, Par. II· Cap. VIII)

52

ESCARMIENTOS.—*Aunque tardíos, son siempre saludables.*

Rogaban muy ahincadamente los insulanos a Sancho, que se volviese al gobierno de la Barataria, pero Sancho, ya por ventura escarmentado, respondía :

«Yo soy del linaje de los Panzas, que todos son testarudos, y si una vez dicen nones, nones han de ser, aunque sean pares, a pesar de todo el mundo. Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga que me levantaron en el aire para que me comiesen vencejos y otros pájaros, y volvámonos a andar por el suelo con pie llano ; que si no le adornasen zapatos de cordobán, no le faltarán alpargatas toscas de cuerda : cada oveja

con su pareja, y nadie tienda más la pierna de cuanto fuese larga la sábana.»

(Quijote, Par. II; Cap. LIII).

53

ESTUDIANTES.—*No hay puesto elevado a que no pueda llegar el hombre de firme voluntad y claro entendimiento.*

Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando a caer acá, llegan (los estudiantes) al grado que desean, el cual alcanzado, a muchos hemos visto que, habiendo pasado por estas sirtes y por estas Scilas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frío en refrigerio, su desnudez en galas y su dormir en una estera en reposar en holandas y damascos, premio justamente merecido de su virtud.

(Quijote, Par. I; Cap. XXXVII).

54

ESTUDIO.—*Se ha de dirigir a cosas útiles.*

—Hay gentes que se aplican a aprender cosas que no dan utilidad alguna, perdiendo un tiempo precioso; y otras que dan como propias las que agudo ingenio averiguó a costa de trabajo.

—Más has dicho, Sancho, de lo que sabes, dijo Don Quijote, que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que después de sabidas

y averiguadas no importan un ardite al entendimiento ni a la memoria.

(Quijote, Par. II· Cap. XXII).

55

ETIMOLOGÍAS.—*Don Quijote aprovecha la ocasión de hablar de albogues* (1) *para mostrar su erudición gramatical.*

El nombre *albogues* es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en *al,* conviene saber, *almohaza, almorzar, alhombra, alguacil, alhucema, almacén, alcancía* y otros semejantes, que deben ser pocos más, y solo tres tiene nuestra lengua, que son moriscos y acaban en *i,* y son *borceguí, zaquizamí* y *maravedí* ; *alhelí* y *alfaquí,* tanto por el *al* primero, como por el *i* en que acaban, son conocidos por arábigos.

(Quijote, Par. II; Cap. LXVII).

56

FAMA.—*El deseo de alcanzarla es activo en gran manera.*

¿Quién piensas tú que arrojó a Horacio del puente abajo armado de todas armas, en la profundidad del Tíber? ; ¿ quién abrasó el brazo y la mano a Mucio? ; ¿quién impelió a Curcio a

(1) Albogues son, respondió D. Quijote, unas chapas a modo de candeleros de azófar, que dando una contra otra por lo vacío y hueco, hacen un son, si no muy agradable y armónico que no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gaita y el tamboril.

lanzarse en la profundísima ardiente que apareció en la mitad de Roma? ; ¿quién, contra todos los agüeros que en contra se le habían mostrado, hizo pasar el Rubicón a Julio César? Y con ejemplos más modernos, ¿quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés, en el Nuevo Mundo? Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premio y parte de la inmortalidad que sus famosísimos hechos merecen.

(Quijote, Par. II; Cap. VIII).

57

FORTUNA.—*Las cosas no suceden por acaso.*

He oído decir, dijo Sancho, que ésta que llaman por ahí fortuna, es una mujer borracha, antojadiza, y, sobre todo, ciega, y así que no ve lo que hace, ni sabe a quién derriba ni a quién ensalza.

—Muy filósofo estás, Sancho, respondió Don Quijote, muy a los discreto hablas, no sé quién te lo enseña. Lo que te sé decir es que no ha fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden buenas o malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos ; y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura.

(Quijote, Par. II; Cap. LXVI)

58

FRAILES Y SOLDADOS.—*La vida del soldado es más trabajosa que la del religioso.*

Los religiosos, con toda paz y sosiego piden al cielo el bien de la tierra ; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y los de nuestras espadas, no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano y de los erizados hielos del invierno. Así que somos ministros de Dios en la tierra y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra y las a ella tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecución, sino sudando, afanando y trabajando excesivamente, síguese que aquellos que la profesan tienen, sin duda, mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando a Dios favorezca a los que poco pueden.

(Quijote, Par. I; Cap. XIII).

59

GITANOS.—*Opinión en que generalmente se les tiene.*

Los gitanos y gitanas parece que solamente nacieron en el mundo para ser ladrones : nacen de padres ladrones, críanse con ladrones, estudian para ladrones, y, finalmente, salen con ser ladrones corrientes y molientes a todo ruedo ; y la gana de hurtar y el hurtar son en ellos como accidentes inseparables, que no se quitan sino con la muerte.

(La Gitanilla.)

60

GRATITUD.—*Debemos mostrarla a quienes nos favorecen.*

Unos cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfían, y no alcanzan lo que pretenden ; y llega otro, y sin saber cómo ni cómo no, se halla con el cargo y oficio que otros muchos pretendieron, y aquí entra y encaja bien el decir que hay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tú, que para mí, sin duda alguna, eres un porro, sin madrugar ni trasnochar, y sin hacer diligencia alguna, con sólo el aliento que te ha tocado de la andante caballería, sin más ni más, te ves gobernador de una ínsula, como quien no dice nada. Todo esto digo, oh Sancho, para que no atribuyas a tus merecimientos la merced recibida, sino que des gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas, y después las darás a la grandeza que en sí encierra la profesión de la caballería andante.

(Quijote, Par. II; Cap. XLII).

61

HERMOSURA.—*La del alma aventaja a la del cuerpo.*

Advierte, Sancho, dijo Don Quijote, que hay dos maneras de hermosura, una del alma y otra del cuerpo : la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza ; y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo ; y cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suele nacer el

amor con ímpetu y con ventajas. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero también conozco que no soy disforme : y bástale a un hombre de bien no ser monstruo, para ser bien querido, como tenga las dotes del alma que te he dicho.

(Quijote, Par. II: Cap. LVIII).

62

HIGIENE.—*Encomiéndense a la memoria estos preceptos* :

Come poco y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra.

Ten cuenta, Sancho, de no mascar a dos carrillos, ni de erutar delante de nadie. Erutar quiere decir regoldar ; y éste es uno de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo.

Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el sol no goza del día ; y advierte, ¡oh Sancho !, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza, su contraria, jamás llegó al término que pide un buen deseo.

(Quijote, Par. II. Cap. XLIII).

63

HIJOS.—*A los padres toca la educación y crianza de los hijos.*

Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer o buenos o

malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida : a los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que, cuando grandes, sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad.

(Quijote, Par. II; Cap. XVI).

64

HISTORIA.—*Cómo debe entenderse y cualidades que deben concurrir en los historiadores.*

Deben ser los historiadores puntuales, verdaderos y no nada apasionados ; que ni el interés ni el miedo, el rencor ni la afición les haga torcer el camino de la verdad, cuya imagen es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir.

(Quijote, Par. I; Cap. IX).

La historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad, está Dios en cuanto a la verdad ; pero, no obstante esto, hay algunos que así componen y arrojan libros de sí, como si fuesen buñuelos.

(Quijote, Par. II; Cap. III).

65

HONESTIDAD.—*Es una de las virtudes que más adornan y hermosean, y que con más afán ha de ser guardada.*

La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de

parecer hermoso. Pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y alma más adornan y hermosean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder a la intención de aquel que, por sólo su gusto, con todas sus fuerzas e industrias procura que la pierda?

(Quijote, Par. I; Cap. XIV)

66

IMPARCIALIDAD.—*Nadie puede ser buen juez de sus propias obras.*

Para juzgar de la bondad de nuestras obras, debemos guiarnos «más por el parecer ajeno que por el propio; porque no hay padre ni madre a quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento corre más este engaño.»

(Quijote, Par. II; Cap. XVIII).

67

INGRATITUD.—*El hombre debe mostrarse agradecido a los beneficios que recibe.*

Llamando Don Quijote a todos los galeotes, que andaban alborotados, y habían despojado al Comisario hasta dejarle en cueros, se le pusieron todos a la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dijo:—De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que más a Dios ofenden es la ingratitud.

(Quijote, Par. I; Cap. XXII).

68

JUSTICIA.—*Es la fuente de todas las virtudes sociales.*

Nunca te guíes por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

Hallen en ti más compasión las lágrimas del pobre; pero no más justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos e importunidades del pobre.

—Según lo que aquí he visto, dijo Sancho, es tan buena la justicia, que es necesario se use aun entre los mesmos ladrones.

(Quijote, Par. II; Cap. LX).

69

LABORIOSIDAD DOMÉSTICA.—*La mujer hacendosa no es bullanguera ni amiga de correr calles y casas injuriando vidas ajenas para traer y llevar chismes y cuentos.*

En pocas palabras expresa Teresa Panza las reglas de conducta de la mujer prudente, cuando dice: «La mujer honrada, la pierna quebrada y en casa, y la doncella honesta el hacer algo es su fiesta.»

(Quijote, Par II; Cap. V).

70

LABRADORA HACENDOSA.—*He aquí las ocupaciones de una hija moza de labradores ricos.*

Por mí se recibían y despedían los criados; la razón y cuenta de lo que se sembraba y cogía, pasaba por mi mano; los molinos de aceite, los lagares del vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas; finalmente... de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenía yo la cuenta y era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mía y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré a encarecerlo. Los ratos que del día me quedaban, después de haber dado lo que convenía al mayoral o capataz y a otros jornaleros, los entretenía en ejercicios que son a las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja y la almohadilla, y la rueca muchas veces; y si alguna, por recrear el ánimo, estos ejercicios dejaba, me acogía al entretenimiento de leer algún libro devoto o a tocar una arpa, porque la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu.

(Quijote, Par. I· Cap. XXVIII).

71

LA VIRTUD ES PERSEGUIDA.—*No hay que desmayar por los obstáculos que se nos oponen en las empresas levantadas, que inherente es a la virtud el experimentar contradicciones.*

Mira, Sancho, dijo Don Quijote, donde quiera que está la virtud en eminente grado es per-

seguida ; pocos o ninguno de los famosos varones que pasaron dejó de ser calumniado de la malicia. Julio César, animadísimo, prudentísimo y valentísimo capitán, fué notado de ambicioso y algún tanto no limpio, ni en sus vestidos ni en sus costumbres. Alejandro, a quien sus hazañas conquistaron el renombre de Magno, dicen de él que tuvo sus ciertos puntos de borracho.

(Quijote, Par. II; Cap. II).

72

LECTURA, ESCRITURA Y CANTO.—*La posesión de estas artes es título de dignidad y motivo de alabanza.*

Para que con más veras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro, que no tardará mucho en estar aquí, el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado, y que, sobre todo, sabe leer y escribir, y es músico de un rabel, que no hay más que desear.

(Quijote, Par. I; Cap. XI).

73

LECCIONES DE LOS LIBROS.—*Eficacia de su lectura.*

Las lecciones de los libros muchas veces hacen más cierta experiencia de las cosas, que no la tienen los mismos que las han visto ; a causa de que el que lee con atención se para una y muchas veces en lo que va leyendo ; y el que mi-

ra sin ella, no repara en nada ; y con esto excede la lección a la vista.

(Persiles y Sigismunda).

74

LENGUAJE PURO.—*Dónde están los buenos modelos que hemos de imitar.*

El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro, está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda : dije discretos, porque hay muchos que no lo son, y la discreción es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso.

(Quijote, Par. II; Cap. XIX).

75

LEYES Y MANDATOS.—*No debe mandarse nunca aquello que no se ha de hacer cumplir.*

No hagas muchas pragmáticas ; y si las hicieres procura que sean buenas, y, sobre todo, que se guarden y cumplan ; que las pragmáticas que no se guardan, lo mismo es que si no lo fuesen ; antes dan a entender que el príncipe que tuvo discreción y autoridad para hacerlas, no tuvo valor para hacer que se guardasen ; y las leyes que atemorizan y no se ejecutan, vienen a ser como la viga, rey de las ranas, que al principio las espantó y con el tiempo la menospreciaron y se subieron sobre ella. Sé padre de las virtudes y padrastro de los vicios. No seas siempre riguroso ni siempre blando, y escoge el medio entre estos dos extremos, que en esto está el punto de la discreción.

(Quijote, Par II; Cap. LI).

76

LIBERALIDAD.—*El pobre está inhabilitado de mostrarla: debe procurar adquirir para poder mostrarse liberal y agradecido.*

Mía fe, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de la liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea; y el agradecimiento que sólo consiste en el deseo, es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querría que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasión donde me hiciese emperador, por mostrar mi pecho haciendo bien a sus amigos.

(Quijote, Par. I; Cap. L).

77

LIBERTAD.—*Es un precioso don del cielo.*

La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra se puede y debe aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido: pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve, me parecía a mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran míos, que las obligaciones de las recompensas, de los beneficios y mercedes recibidas son ataduras que no dejan campear el ánimo libre. Venturoso aquel

a quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligación de agradecerlo a otro que al mismo cielo.

(Quijote, Par. II; Cap. LVIII).

78

LIBROS.—*¿Qué es menester para escribirlos?*

Para escribir historias y libros de cualquier suerte que sean es menester un gran juicio y un maduro entendimiento: decir gracias y escribir donaires es de grandes ingenios.

(Quijote, Par. II; Cap. III).

79

LIBROS DE CABALLERÍAS.—*He aquí una severa crítica de los libros de caballería, que parece escrita para algunas novelas y cuentos fantásticos de nuestro siglo.*

Verdaderamente, señor cura, yo hallo por mi cuenta que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías; y aunque he leído, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los más que hay impresos, jamás me he podido acomodar a leer ninguno desde el principio al cabo, porque me parece que, cuál más, cuál menos, todos ellos son una misma cosa, y según a mí me parece, este género de escritura y composición cae debajo de aquel de las fábulas que llaman milesias, que son cuentos disparatados que atienden solamente a deleitar y no a enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente; y puesto que el prin-

cipal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo cómo puedan conseguirlo yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deleite que en el alma se concibe ha de ser de la hermosura y concordancia que ve o contempla en las cosas que la vista o la imaginación le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad o descompostura no nos puede causar contento alguno. Pues, ¿qué hermosura puede haber, o qué proporción de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro o fábula donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada a un gigante como una torre, y le divide en dos mitades como si fuera de alfeñique?

(Quijote, Par. I; Cap. XLVII).

80

LIBROS DE VERDADERAS HISTORIAS.—*En contraposición a los libros de caballerías, que dan ocasión «a que el vulgo ignorante venga a creer y tener por verdaderas tantas necedades como contienen», se ponen las excelencias de las buenas lecturas en las siguientes razones del canónigo.*

Ea, señor Don Quijote, duélase de sí mismo y redúzcase al gremio de la discreción, y sepa usar de la mucha que el cielo fué servido darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra lectura que redunde en aprovechamiento de su conciencia y en aumento de su honra; y si todavía, llevado de su natural inclinación, quisiese leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la Sacra Escritura el de los Jueces, que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusi-

tania ; un César, Roma ; un Aníbal, Cartago ; un Alejandro, Grecia ; un Conde Fernán González, Castilla ; un Cid, Valencia ; un Gonzalo Fernández, Andalucía ; un Diego García de Paredes, Extremadura ; un Garci-Pérez de Vargas, Jerez ; un Garcilaso, Toledo ; un Don Manuel de León, Sevilla, cuya lección de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleitar y admirar a los más altos ingenios que los leyeren. Esta sí será lectura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor Don Quijote mío, de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardía ; y todo esto para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha, do según he sabido trae vuestra merced su principio y origen.

(Quijote, Par. I; Cap. XLIX).

81

LIMOSNA.—*Don Quijote socorría con ella a los pobres.*

Prenda no la tomaré yo, le respondí, ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales, los cuales le di, (que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro día para dar limosna a los pobres que topase por los caminos), y le dije : decid, amiga mía, a vuesa señora, que a mí me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un Fúcar (1) para remediarlos.

(Quijote, Par II; Cap. XXIII).

(1) Fúcar quiere decir un hombre rico· hoy diríamos un Rostchild.

82

LIMPIEZA.—*Es el primero y mejor adorno del cuerpo.*

En lo que toca a cómo has de gobernar tu persona, Sancho, lo primero que te encargo es que seas limpio y que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer como algunos hacen, a quien su ignorancia les ha dado a entender que las uñas largas les hermosean las manos, como si aquel excremento y añadidura, que se dejan de cortar, fuese uña, siendo antes garras de cernícalo lagartijero: puerco y extraordinario abuso.

(Quijote, Par. II; Cap. XLIII).

83

LINAJES.—*Cuáles son grandes e ilustres.*

Es grande la confusión que hay entre los linajes, y solos aquellos parecen grandes e ilustres, que lo muestran en la virtud y en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dije virtud, riqueza y liberalidad, porque el grande que fuese vicioso será vicioso grande, y el rico no liberal será un avaro mendigo; que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas; y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar.

(Quijote, Par. II; Cap. VI).

84

MAESTROS DE ESCUELA.—*Cervantes pone en boca del Licenciado Vidriera el juicio que le merecen algunos oficios y profesiones.*

De los Maestros de escuela decía que eran dichosos, pues trataban siempre con ángeles dichosísimos, si los ángeles no fueran mocosos.

(El Licenciado Vidriera).

85

MAESTROS ECLESIÁSTICOS.—*No pueden enseñar bien a los príncipes sino los príncipes. Cervantes critica aquí la educación menguada que los eclesiásticos de casas grandes dan a los hijos de sus señores.*

La Duquesa y el Duque salieron a la puerta de la sala a recibirle, y con ellos un grave eclesiástico, destos que gobiernan las casas de los príncipes ; destos que, como no nacen príncipes, no aciertan a enseñar cómo lo han de ser los que lo son ; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrecheza de sus ánimos ; destos que, queriendo mostrar a los que ellos gobiernan a ser limitados, les hacen ser miserables. Destos tales, digo, que debía de ser el grave religioso que con los Duques salió a recibir a Don Quijote.

(Quijote, Par. II; Cap. XXXI)

86

MANCEBO AGIL.—*La perfección del hombre no está solamente en las partes del entendimiento, sino en las prendas morales y en la sanidad, vigor y robustez del cuerpo.*

He aquí el retrato de Cecilio: «El es el más ágil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador extremado y gran jugador de pelota; corre como un gamo, salta más que una cabra y birla a los bolos como por encantamento; canta como una calandria y toca una guitarra que la hace hablar, y sobre todo, juega una espada como el más pintado.

(Quijote, Par II; Cap. XIX).

87

MOLINOS DE VIENTO (*Aventuras de los*).—*Cuando el entendimiento se turba, la imaginación fácilmente se extravía y nos engaña.*

En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y así como Don Quijote los vió, dijo a su escudero: la ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ve allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes, con quien pienso hacer batalla, y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos, empezaremos a enriquecer, que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra.

—¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza.

—Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas.

—Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que volteadas del viento hacen andar la piedra del molino.

—Bien parece, respondió Don Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes, y si tienes miedo quítate de ahí, y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Y diciendo esto, dió de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que no oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba bien cerca, lo que eran: antes iba diciendo en voces altas:

—No fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.

Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por Don Quijote dijo:—Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar.

Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre arremetió a todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia,

que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí el caballo y el caballero, que fué rodando muy maltrecho por el campo.

Acudió Sancho Panza a socorrerle a todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podía menear : tal fué el golpe que dió con él Rocinante.

—Válame Dios, dijo Sancho ; ¿no le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza?

—Calla, amigo Sancho, respondió Don Quijote, que las cosas de la guerra más que otras están sujetas a continua mudanza : cuanto más que yo pienso, y así es verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento : tal es la enemistad que me tiene ; mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada.

—Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza ; y ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba ; y hablando de la pasada aventura, siguieron el camino del puerto de Lapiche.

(Quijote, Par I; Cap. VIII).

88

MUJER POBRE Y VIRTUOSA.—*Es la corona de su marido.*

El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener mujer hermosa, que cuando se la quitan, le quitan la honra

y se la matan. La mujer hermosa y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles y palmas de vencimiento y triunfo. La hermosura por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen, y como a señuelo gustoso se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros ; pero si a la tal hermosura se le junta la necesidad y estrecheza, también la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña ; y la que está a tantos encuentros firme, bien merece llamarse corona de su marido.

(Quijote, Par. II; Cap. XX).

89

MUERTE.—*No distingue jerarquías : a todos nos hace iguales.*

A buena fe, señor, respondió Sancho, que no hay que fiar en la descarnada, digo, en la muerte, la cual tan bien come cordero como carnero ; y a nuestro cura he oído decir que con igual pie pisa las altas torres de los reyes como las humildes chozas de los pobres. Tiene esta señora más de poder que de melindre, no es nada asquerosa, de todo come y a todo hace, y de toda suerte de gentes, estados y preeminencias hincha sus alforjas.

No es segador que duerme las siestas ; que a todas horas siega y corta, así la seca como la verde yerba, y no parece que masca, sino que engulle y traga todo cuanto se le pone delante, porque tiene hambre canina, que nunca es harta ; y aunque no tiene barriga, da a entender que está hidrópica y sedienta de beber todas las vi-

das de cuantos viven, como quien se bebe un jarro de agua.

(Quijote, Par. II; Cap. XX).

90

MÚSICA.—*Ella expresa los más tiernos sentimientos.*

Y luego no se oyó otro ruido, sino un son de una suave y concertada música formado, con que Sancho se alegró y lo tuvo a buena señal ; y así dijo a la Duquesa, de quien un punto ni un paso se apartaba : Señora, donde hay música no puede haber cosa mala.

(Quijote, Par. II; Cap. XXXIV).

91

NATURALEZA.—*Contemplándola se siente el hombre inspirado.*

El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo, que lo colmen de maravilla y de contento.

(Quijote, Par. I; Prólogo)

Los árboles hacen compañía al hombre en su soledad.

¡Oh solitarios árboles que desde hoy en adelante habéis de hacer compañía a mi soledad! Dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas, que no os desagrada mi presencia.

(Quijote, Par. I; Cap. XXV).

92

NOBLEZA.—*Virtudes que deben adornar a un caballero.*

Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido y oficioso, no soberbio, no arrogante, no murmurador, y, sobre todo, caritativo, que con dos maravedís que con ánimo alegre dé al pobre, se mostrará tan liberal como el que a campana herida da limosna, y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca, deje de juzgarle y tenerle por de buena casta, y el no serlo sería milagro, y siempre la alabanza fué premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados.

(Quijote, Par II; Cap. VI).

93

OBSCENIDADES.—*Debe apartarse el pensamiento de ellas.*

De las cosas obscenas y torpes los pensamientos se han de apartar, cuanto más los ojos.

(Quijote, Par. II, Cap. LIX).

94

OCIOSIDAD.—*Es la madre de todos los vicios.*

Señora mía, dijo Don Quijote a la Duquesa, sepa vuestra señoría que todo el mal desta doncella nace de la ociosidad, cuyo remedio es la ocupación honesta y continua. Ella me ha di-

cho aquí que se usan randas (1) en el infierno ; y pues ella las debe de saber hacer, no las deje de la mano ; que ocupada en menear palillos, no se menearán en su imaginación la imagen o imágenes de lo que bien quiere ; y esta es la verdad, este mi parecer y este mi consejo.

(Quijote, Par. II; Cap. LXX).

95

Ociosos.—*Los holgazanes deben ser desterrados.*

Así lo entendió Sancho Panza en su gobierno, cuando dirimiendo una cuestión entre dos jugadores que se habían dado de cuchilladas, dijo :

«Lo que se ha de hacer es esto, respondió Sancho : vos, ganancioso, bueno o malo, o indiferente, dad luego a éste vuestro acuchillador cien reales ; y más, habéis de desembolsar treinta para los pobres de la cárcel ; y vos, que no tenéis oficio ni beneficio, y andáis de nones en esta ínsula, tomad luego esos cien reales, y mañana en todo el día salid de la ínsula desterrado por diez años, so pena si lo quebrantásedes, los cumpláis en la otra vida, colgándoos yo de una picota, o a lo menos el verdugo por mí mandado ; y ninguno me replique, que le asentaré la mano.»

(Quijote, Par. II; Cap. XLIX).

---

(1) Randa es una especie de tejido labrado con aguja o tejido hecho con palillos como el encaje.

96

OFICIO.—*Un hijo debe aprender y seguir el oficio de su padre.*

Yo hablo como Dios es servido, y no me meto en más dibujos; y digo que si estáis porfiando en tener gobierno, que llevéis con vos a vuestro hijo, Sancho, para que desde ahora le enseñéis a tener gobierno, que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres.

(Quijote, Par. II; Cap. V).

97

ORBANEJA, PINTOR DE UBEDA.—*Dícese de aquellos que hacen las cosas a tiento y sin ningún discurso.*

Como hacía Orbaneja, el pintor de Ubeda, al cual preguntándole qué pintaba, respondió: lo que saliere. Tal vez pintaba un gallo de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas escribiese junto a él: *éste es gallo*; y así debe ser de mi historia (dijo Don Quijote), que tendrá necesidad de mi comento para entenderla.

—Eso no, respondió Sansón, porque es tan clara que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y finalmente, es tan trillada y tan leída, y tan sabida, de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco cuando dicen: allí va Rocinante... Finalmente, la tal historia es del más gustoso y menos perjudicial entretenimiento que has-

ta ahora se haya visto, porque en toda ella no se descubre, ni por semejas, una palabra deshonesta, ni un pensamiento menos que católico.

A escribir de otra suerte, dijo Don Quijote, no fuera escribir verdades, sino mentiras, y los historiadores que de mentiras se valen habían de ser quemados como los que hacen moneda falsa.

(Quijote, Par. II; Cap. III).

98

PACIENCIA.—*El hombre ha de hacerse superior a la desgracia.*

Laméntase Don Quijote al salir de Barcelona de su vencimiento y de su desgracia. Oyendo lo cual Sancho dice: «Tan de valientes corazones es, señor mío, tener sufrimiento en las desgracias, como alegría en las prosperidades.»

(Quijote, Par. II; Cap. XLVI).

99

PADRES.—*Lo que hacen por sus hijos, lo hacen por sí mismos.*

El hacer el padre por su hijo es hacer por sí mismo: porque mi hijo es otro yo, en el cual se dilata y continúa el sér del padre; y así como es cosa natural y forzosa el hacer cada uno por sí mismo, así lo es hacer por sus hijos.

Lo que no es tan natural y forzoso es hacer los hijos por los padres: porque el amor que el padre tiene a su hijo desciende, y el descender es caminar sin trabajo; y el amor del hijo con el padre asciende y sube, que es caminar cuesta arriba: de donde ha nacido el refrán, *un padre*

es para cien hijos y cien hijos no son para un padre.

(Persiles y Sigismunda).

100

PALABRAS INSOLENTES.—*Nunca debe faltarse con palabras poco comedidas al respeto debido a las personas.*

Jamás se vió a Don Quijote con mayor enojo que cuando su escudero profirió palabras nada limpias delante de señoras, y así le dijo : «¿ Tales palabras has osado decir en mi presencia y en la destas ínclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginación ? Vete de mi presencia, monstruo de la naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, asilo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe a las reales personas : vete, no parezcas delante de mí, so pena de mi ira», y diciendo esto enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró a todas partes, y dió con el pie derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas.

(Quijote, Par. I; Cap. XLVI).

101

PARCIALIDAD.—*No pueden ser los padres buenos jueces de las faltas de sus hijos.*

Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas, an-

tes las juzga por discreciones y lindezas, y las cuenta a sus amigos por agudezas y donaires.

(Quijote, Par. I; Prólogo).

102

PASIÓN AMOROSA.—*Sólo se vence con el favor de Dios y con huir las ocasiones.*

Después de hacer ver cómo se rindió Camila, dice Cervantes, en *El Curioso Impertinente*: «Ejemplo claro que nos muestra que sólo se vence la pasión amorosa con huirla. nadie se ha de poner a brazos con tan poderoso enemigo, porque es menester fuerzas divinas para vencer las suyas humanas.»

(Quijote, Par. I; Cap. XXXIII).

Discreción con que debe obrar la mujer en este punto delicado.

Yo, señor caballero, aunque soy gitana pobre y humildemente nacida, tengo un cierto espiritillo fantástico acá dentro, que a grandes cosas me lleva. A mí ni me mueven promesas ni me desmoronan dádivas, ni me inclinan sumisiones, ni me espantan fuerzas enamoradas; y aunque de quince años, que según la cuenta de mi abuela, para este San Miguel los haré, soy ya vieja en los pensamientos y alcanzo más de aquello que mi edad promete, más por mi buen natural que por la experiencia; pero con lo uno o con lo otro sé que las pasiones amorosas en los recién enamorados, son como ímpetus indiscretos que hacen salir a la voluntad de sus quicios, la cual, atropellando inconvenientes desatinadamente, se arroja tras su deseo, y pensando dar con la glo-

ria de sus ojos, da con el infierno de sus pesadumbres: si alcanza lo que desea, mengua el deseo con la posesión de la cosa deseada, y quizá abriéndose entonces los ojos del entendimiento, se ve ser bien que se aborrezca lo que antes se adoraba.

Este temor engendra en mí un recato tal, que ningunas palabras creo, y de muchas obras dudo. Una sola joya tengo que la estimo más que a la vida, que es la de mi entereza y virginidad, y no la tengo de vender a precio de promesas ni de dádivas, porque en fin será vendida; y si puede ser comprada será de poca estima: ni me la han de llevar trazas ni embelecos: antes pienso irme con ella a la sepultura, y quizá al cielo, que ponerla en peligro de que quimeras y fantasías soñadas la embistan o manoseen.

Flor es la virginidad que, a ser posible, aun con la imaginación no había de dejar ofenderse. Cortada la rosa del rosal, ¡con qué brevedad y facilidad se marchita! Este la toca, aquél la huele, el otro la deshoja; y, finalmente, entre las manos rústicas se deshace. Si vos, señor, por sola esta prenda venís, no la habéis de llevar, sino atada con las ligaduras y lazos del matrimonio: que si la virginidad se ha de inclinar, ha de ser a este santo yugo, que entonces no sería perderla, sino emplearla en ferias que felices ganancias prometen.

(La Gitanilla.)

103

PATRIOTISMO.—*La patria es nuestra segunda madre, cuyas virtudes despiertan en sus hijos verdadero entusiasmo.*

Es interesante y dramática en sumo grado la

narración del cautivo, que ocupa los capítulos treinta y nueve, cuarenta y cuarenta y uno de la primera parte del *Quijote*. En esta narración se describen la batalla de Lepanto, «día que fué para la cristiandad tan dichoso», la toma de Túnez, la pérdida de la Goleta y la vida que hacían en Argel los cristianos cautivos.

De estas páginas admirables puede tomarse ocasión a cada momento para hablar a los niños del sentimiento patrio, que bien dirigido puede llevarlos a las más nobles y levantadas empresas.

Al mismo tiempo que se dan a conocer en esta narración los tiempos más gloriosos de nuestra historia, se enseña a los niños la geografía del mar Mediterráneo, a cuyas orillas se ha desarrollado la civilización antigua y se han verificado los más grandes sucesos que se cuentan en la historia de la humanidad.

(Quijote, Par. II; Cap. XVI).

104

PAZ.—*Sus beneficios ; sólo con las armas se sustenta.*

Las armas tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida ; y así las primeras nuevas que tuvo el mundo y tuvieron los hombres fueron las que vieron los ángeles la noche que fué nuestro día, cuando cantaron en los aires : «gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad» ; y la salutación que el mejor maestro de la tierra y del cielo enseñó a sus allegados y favorecidos, fué decirles que cuando entrasen en alguna casa dijesen : «paz sea en esta casa» ; y otras muchas veces les dijo : «mi paz os

doy» ; «mi paz os dejo», «la paz sea con vosotros» ; bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano, joya que sin ella en la tierra ni en el cielo puede haber bien ninguno.

(Quijote, Par. I; Cap. XXXVII)

105

PENSAMIENTO.—*Es el más firme el que se funda en Dios.*

Como están nuestras almas siempre en continuo movimiento, y no pueden parar ni sosegar sino en su centro, que es Dios, para quien fueron criadas, no es maravilla que nuestros pensamien- criados, no es maravilla que nuestros pensamientos se muden, que éste se tome, aquél se deje, uno se prosiga y otro se olvide, y el que más cerca anduviere de su sosiego, ese será el mejor, cuando no se mezcle con error de entendimiento.

(Persiles y Sigismunda).

106

PERDÓN DE AGRAVIOS.—*Una de las obras de misericordia de más alto precio, es la de perdonar las injurias.*

Todo el mundo esperaba que al publicar Cervantes la segunda parte del *Quijote,* se desharía en venganzas, riñas y vituperios contra el autor del falso *Quijote,* Fernández de Avellaneda ; pero Cervantes dirigiéndose al lector, dijo con sin igual nobleza : «Puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mío ha de padecer excepción esta regla. Quisieras tú que la diera del asno, del mentecato y del atrevido ; pero no me pasa por el pensamien-

to: castíguelo su pecado, con su pan se lo coma y allá se lo haya.»

Ejemplo digno de admiración.

(Prólogo de la segunda parte).

107

PLEITO DE LAS CAPERUZAS.—*De cómo la desconfianza y mala fe suelen encontrar en el mundo su merecido.*

Entraron en el juzgado dos hombres, el uno vestido de labrador, y el otro de sastre, porque traía unas tijeras en la mano, y el sastre dijo:

—Señor Gobernador, yo y este hombre labrador, venimos ante vuesa merced en razón que este buen hombre llegó a mi tienda ayer, que yo con perdón de los presentes soy sastre examinado, que Dios sea bendito, y poniéndome un pedazo de paño en las manos me preguntó:

—Señor: ¿habría en este paño harto para hacerme una caperuza?

—Yo, tanteando el paño, le respondí que sí: él debióse de imaginar, a lo que yo imagino, e imaginé bien, que sin duda yo le quería hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinión de los sastres, y replicóme que mirase si habría para dos. Adivinéle el pensamiento, y díjele que sí; y él, caballero en su dañada y primera intención, fué añadiendo caperuzas, y yo añadiendo síes, hasta que llegamos a cinco caperuzas; y ahora en este punto acaba de venir por ellas, yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura, antes me pide que le pague o vuelva su paño.

—¿Es esto así?, preguntó Sancho.

—Sí, señor, respondió el hombre; pero hága-

le vuesa merced que muestre las cinco caperuzas que me ha hecho.

—De buena gana, respondió el sastre, y sacando incontinenti la mano debajo del herreruelo, mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo :— He aquí las cinco caperuzas que este buen hombre me pide, y en Dios y en mi conciencia que no me he quedado nada del paño, y yo daré la obra a vista de veedores del oficio.

Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas y del nuevo pleito.

Sancho se puso a considerar un poco, y dijo : —Paréceme que en este pleito no ha de haber largas dilaciones, sino juzgar luego a juicio de buen varón, y así yo doy por sentencia, que el sastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven a los presos de la cárcel, y no haya más.

(Quijote, Par. II; Cap. XLV).

108

PRENDAS DE LA MUJER.—*Don Quijote imaginaba a su dama y señora de esta manera.*

La contemplo como conviene que sea : una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son : hermosura sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y finalmente, alta por linaje, a causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con más grados de perfección que en las hermosas humildemente nacidas.

(Quijote, Par. I; Cap. XXXII).

109

PROVIDENCIA.—*Dios no desampara nunca a sus criaturas.*

Sube en tu jumento, Sancho el Bueno, y vente tras mí ; que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar (y más andando tan en su servicio como andamos), pues no falta a los mosquitos del aire ni a los gusanillos de la tierra, ni a los renacuajos del agua, y es tan piadoso que hace salir el sol sobre los buenos y los malos y llueve sobre injustos y justos.

(Quijote, Par. I· Cap. XVIII).

110

POESÍA E HISTORIA.—*Diferencia que hay entre ellas. Concepto de la poesía.*

Uno es escribir como poeta, y otro como historiador : el poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían de ser ; y el historiador las ha de escribir, no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa alguna.

(Quijote, Par. I; Cap. III).

La poesía es una bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada y que se contiene en los límites de la discreción más alta : es amiga de la soledad, las fuentes la entretienen, los prados la consuelan, los árboles la desenojan, las flores la alegran, y, finalmente, deleita y enseña a cuantos con ella comunican.

(La Gitanilla.)

¿Qué es la poesía?.—La poesía, señor hidalgo, a mi parecer, es como una doncella tierna y de poca edad, y en todo extremo hermosa, a quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traída por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio; hala de tener el que la tuviere a raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos: no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heroicos, en lamentables tragedias o en comedias alegres y artificiosas: no se ha de dejar tratar de los tribunales, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran.

(Quijote, Par. II; Cap. XVI).

111

Popularidad.—*Debe alcanzarse por hechos virtuosos.*

Una de las cosas, dijo a esta sazón Don Quijote, que más debe de dar contento a un hombre virtuoso y eminente, es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa; dije con buen nombre, porque siendo al contrario ninguna muerte se le iguala.

(Quijote, Par. II, Cap. III).

112

PROFESIONES.—*La iglesia, el comercio y la milicia abren camino para obtener honores y riquezas.*

Hay un refrán en nuestra España, a mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves, sacadas de la luenga y discreta experiencia; y el que yo digo dice: Iglesia, o mar, o casa real, como si más claramente dijera: «quien quisiere valer y ser rico, o siga la iglesia, o navegue ejercitando el arte de la mercancía, o entre a servir a los reyes en su casa», que ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama.

(Quijote, Par. I: Cap. XXXIX).

113

REBUZNOS (*aventuras de los*).—*Hay raras habilidades que más suelen servir de daño que de provecho: tal se ve en el siguiente cuento:*

Sabrán vuesas mercedes que en un lugar, que está cuatro leguas y media de esta venta, sucedió que a un regidor dél, por industria y engaño de una muchacha criada suya (y esto es largo de contar), le faltó un asno; y aunque el tal regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fué posible.

Quince días serían pasados, según es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando estando en la plaza el regidor perdidoso, otro regidor del mismo pueblo le dijo:—Dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido,

—Yo os las mando, y buenas, compadre, respondió el otro ; pero sepamos dónde ha parecido.

—En el monte, respondió el hallador, le vi esta mañana sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco que era una compasión miralle : quísele antecoger delante de mí y traérosle ; pero está ya tan montaraz y tan huraño, que cuando llegué á él se fué huyendo y se entró en lo más escondido del monte: si queréis, volvamos los dos a buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa, que luego vuelvo.

—Mucho placer me hacéis, dijo el del jumento, y yo procuraré pagároslo en la misma moneda.

Con estas circunstancias todas, y de la mesma manera que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos que están enterados en la verdad deste caso.

En resolución, los dos regidores a pie y mano a mano se fueron al monte ; y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar al asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque más le buscaron. Viendo, pues, que no parecía, dijo el regidor que le había visto, al otro :

—Mirad, compadre, una traza me ha venido al pensamiento, con la cual, sin duda alguna, podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte, y es que yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabéis algún tanto, dad el hecho por concluído.

—¿Algún tanto decís, compadre?, dijo el otro : por Dios que no dé la ventaja a nadie, ni aun a los mesmos asnos.

—Ahora lo veremos, respondió el regidor se-

gundo, porque tengo determinado que os vayáis vos por una parte del monte y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznaréis vos y rebuznaré yo, y no podrá ser menos que el asno nos oiga y nos responda, si es que está en el monte.

A lo que respondió el dueño del jumento:

—Digo, compadre, que la traza es excelente y digna de vuestro gran ingenio.

Y dirigiéndose los dos, según el acuerdo, sucedió que casi a un mesmo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebuzno del otro, acudieron a burcarse, pensando que ya el jumento había parecido, y viéndose, dijo el perdidoso:

—¿Es posible, compadre, que no fué mi asno el que rebuznó?

—No fué, sino yo; respondió el otro.

—Ahora digo, dijo el dueño, que de vos a un asno, compadre, no hay alguna diferencia en cuanto toca a rebuznar, porque en mi vida he visto ni oído cosa más propia.

—Esas alabanzas y encarecimientos, respondió el de la traza, mejor os atañen y tocan a vos que a mí, compadre; que por el Dios que me crió, que podéis dar dos rebuznos de ventaja al mayor y más perito rebuznador del mundo; porque el sonido que tenéis es alto, lo sostenido de la voz a su tiempo y compás, los dejos muchos y apresurados, y en resolución, yo me doy por vencido y os rindo la palma, y doy la bandera de esta rara habilidad.

—Ahora digo, respondió el dueño, que me tendré y estimaré en más de aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia; que puesto que pensaba que rebuznaba

bien, nunca pensé que llegara al extremo que decís.

—También diré yo, ahora, respondió el segundo, que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse de ellas.

—Las nuestras, respondió el dueño, si no es en casos semejantes al que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros, y aun en éste plegue a Dios que nos sean de provecho.

Esto dicho, se tornaron a dividir y a volver a sus rebuznos, y a cada paso se engañaban y volvían a juntarse, hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos y no el asno, rebuznasen dos veces, una tras otra. Con esto, doblando a cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte, sin que el perdido jumento respondiese ni aun por señas.

Mas, ¿cómo había de responder, el pobre y malogrado, si lo hallaron en lo más escondido del bosque, comido de los lobos? Y en viéndole, dijo su dueño:—Ya me maravillaba yo de que él no respondía, pues a no estar muerto, él rebuznara si nos oyera, o no fuera asno; pero a trueco de haberos oído rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto.

—En buena mano está, compadre, respondió el otro, pues si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo.

Con esto, desconsolados y roncos, se volvieron a su aldea, adonde contaron a sus amigos, vecinos y conocidos, cuanto les había acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar, todo lo cual se

supo y se extendió por los lugares circunvecinos ; y el diablo que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por doquiera, levantando caramillos en el viento, y grandes quimeras de nonada, ordenó e hizo que las gentes de los otros pueblos, en viendo a alguno de nuestra aldea, rebuznasen como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros regidores.

Dieron en ello los muchachos, que fué dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno, y fué cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo, de manera, que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno, como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos ; y ha llegado a tanto la desgracia desta burla, que muchas veces con mano armada y formando escuadrón, han salido contra los burladores los burlados a darse la batalla, sin poderlo remediar rey ni roque, ni temor ni vergüenza.

(Quijote, Par. II; Cap. XXV).

114

Recato.—*No hay mejor guarda de una mujer.*

Era Leandra doncella de «tan extremada hermosura, rara discreción, donaire y virtud, que el que la conocía y la miraba, se admiraba de ver las extremadas partes con que el cielo y la naturaleza la habían enriquecido. ¿ Cómo guardar tan preciosa joya ?

Guardábala su padre y guardábase ella ; que no hay candados, guardas ni cerraduras que mejor guarden a una doncella, que las del recato propio.»

(Quijote, Par. I; Cap. LI)

115

REFRANES.—*Son buenos si son bien traídos y no se abusa de ellos.*

Paréceme que no hay refrán que no sea verdadero ; porque todos son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas

Pero, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles : que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias.

—Eso Dios lo puede remediar, respondió Sancho, porque sé más refranes que un libro, y viénenseme tantos juntos a la boca cuando hablo, que riñen por salir unos con otros ; pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan a pelo ; mas yo tendré cuenta de aquí adelante de decir los que convengan a la gravedad de mi cargo : que en casa llena presto se guisa la cena, y quien destaja no baraja, y a buen salvo está el que repica, y el dar y el tener, seso han menester.

—Eso sí, Sancho, dijo Don Quijote, encaja, ensarta, enhila refranes, que nadie te va a la mano : castígame mi madre y yo trompójelas. Estoite diciendo que excuses refranes, y en un instante has echado aquí una letanía de ellos, que así cuadran con lo que vamos tratando como por los cerros de Ubeda.

Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refrán traído a propósito ; pero ensartar refranes a troche y moche hace la plática desmayada y baja.

(Quijote, Par. II; Cap. XLIII)

116

RESTITUCIÓN.—*Las cosas ajenas deben restituirse a su dueño.*

Harto mejor fuera no buscar a ese hombre, dijo Sancho, porque si le hallásemos, y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir; y así fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fe, hasta que por otra vía menos curiosa y diligente, pareciera su verdadero señor, y quizá fuera a tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el rey me hacía franco.

—Engáñaste en eso, Sancho, respondió Don Quijote; que ya que hemos caído en sospecha de tener al dueño casi delante, estamos obligados a buscarle y volvérselo; y cuando no lo buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea, nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese: así que, Sancho amigo, no te dé pena el buscalle, por la que a mí se me quitará si le hallo.

(Quijote, Par. I; Cap. XXIII).

117

SENTENCIA DE UN PLEITO.—*Es muy ingeniosa la que dió Sancho, referente a un préstamo no satisfecho.*

Ante el gobernador se presentaron dos hombres ancianos: el uno traía una cañaheja por báculo, y el sin báculo dijo:

—Señor, a este buen hombre le presté días ha diez escudos de oro, en oro, por hacerle placer y buena obra, con condición que me los volvie-

se cuando se los pidiese: pasáronse muchos días sin pedírselos por no ponerle en mayor necesidad de volvérmelos que la que él tenía cuando yo se los presté; pero por parecerme que se descuidaba en la paga se los he pedido una y muchas veces, y no solamente no me los vuelve, pero me los niega, y dice que nunca tales diez escudos le presté, y que si se los presté, que ya me los ha vuelto: yo no tengo testigos ni del prestado ni de la vuelta, porque no me los ha vuelto: querría que vuesa merced le tomase juramento, y si jurase que me los ha vuelto, yo se los perdono para aquí y para delante de Dios.

—¿Qué decís vos a esto, buen viejo del báculo?, dijo Sancho.

A lo que dijo el viejo:

—Yo, señor, confieso que me los prestó; y baje vuesa merced esa vara, y pues él lo deja en mi juramento, yo le juraré cómo se los he vuelto y pagado real y verdaderamente.

Bajó el gobernador la vara, y en tanto el viejo del báculo dió el báculo al otro viejo, que se le tuviese en tanto que juraba, como si le embarazara mucho, y luego puso la mano en la cruz de la vara, diciendo que era verdad que se le habían prestado aquellos diez escudos que se le pedían; pero que él se los había vuelto de su mano a la suya, y que por no caer en ello se los volvía a pedir por momentos.

Viendo lo cual el gran gobernador preguntó al acreedor qué respondía a lo que decía su contrario, y dijo que sin duda alguna su deudor debía de decir verdad, porque le tenía por hombre de bien y buen cristiano, y que a él se le debía de haber olvidado el cómo y cuándo se los ha-

bía vuelto, y que desde allí en adelante jamás le pediría nada.

Tornó a tomar su báculo el deudor, y bajando la cabeza se salió del juzgado.

Visto lo cual por Sancho, y que sin más ni más se iba, y viendo también la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho, y poniéndose el índice de la mano derecha sobre las cejas y las narices estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza y mandó que le llamasen al viejo del báculo, que ya se había ido.

Trajéronsele, y en viéndole Sancho, le dijo:

—Dadme, buen hombre, ese báculo, que le he menester.

—De muy buena gana, respondió el viejo: hele aquí, señor; y púsosele en la mano.

Tomóle Sancho, y dándosele al otro viejo, le dijo:

Andad con Dios, que ya vais pagado.

—Yo, señor? respondió el viejo; ¿pues vale esta cañaheja diez escudos de oro?

—Sí, dijo el gobernador, o si no, yo soy el mayor porro del mundo; y ahora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reino, y mandó que allí delante de todos se rompiese y abriese la caña.

Hízose así, y en el corazón de ella se hallaron diez escudos en oro.

Quedaron todos admirados, y tuvieron a su gobernador por un nuevo Salomón. Preguntáronle de dónde había colegido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos; y respondió que de haberle visto dar el viejo que juraba a su contrario aquel báculo, en tanto que hacía el juramento, y juraba que se los había da-

do real y verdaderamente, y que en acabando de jurar, le tornó a pedir el báculo, le vino a la imaginación que dentro de él estaba la paga de lo que pedían.

De donde se podía colegir que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamine Dios en sus juicios; y más que él había oído contar otro caso como aquél al cura de su lugar, y que él tenía tan gran memoria, que a no olvidársele todo aquello de que quería acordarse, no hubiera tal memoria en toda la ínsula.

(Quijote, Par. II: Cap. XLV)

118

SEÑORES Y CRIADOS.—*Discretas razones de Don Quijote al ver con cuánta tranquilidad y sin cuidados duerme Sancho Panza.*

Apenas la blanca aurora había dado lugar a que el luciente Febo con el calor de sus ardientes rayos las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, cuando Don Quijote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pie y llamó a su escudero Sancho que aún todavía roncaba; lo cual visto por Don Quijote, antes que le despertase, le dijo:

—Oh tú, bienaventurado sobre cuantos viven sobre la faz de la tierra, pues sin tener envidia ni ser envidiado, duermes con sosegado espíritu... Ni la ambición te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se extienden a más que a pensar en tu jumento; que el de tu persona sobre mis hombros le tienes puesto: contrapeso y carga que puso la naturaleza a los señores. Duerme el criado y está velando el señor, pensando cómo le ha

de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce, sin acudir a la tierra con el conveniente rocío, no aflige al criado, sino al señor, que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia.

(Quijote, Par. II; Cap. XX).

119

SERVIR A DIOS Y A LA PATRIA.—*Consejos a un joven soldado.*

No hay cosa en la tierra más honrada ni de más provecho que servir a Dios primeramente y luego a su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanza, si no más riquezas, a lo menos más honra que por las letras; que puesto que han fundado más mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué los de las armas a los de las letras, con un sí sé qué de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja a todos. Y esto que ahora le quiero decir, lléveio en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos: y es que aparte la imaginación de los sucesos adversos que podrán sobrevenirle; que el peor de todos es la muerte, y como ésta sea buena, el mejor de todos es morir.

(Quijote, Par. II· Cap. XXIV).

120

SINCERIDAD.—*Es rara virtud y por lo tanto muy apreciable.*

De los vasallos leales es decir la verdad a sus señores en su ser y figura propia, sin que la adu-

lación la acreciente u otro vano respeto la disminuya: y quiero que sepas, Sancho, que si a los oídos de los príncipes llegase la verdad desnuda sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrían, otras edades serían tenidas por más de hierro que la nuestra, que entiendo que de las que ahora se usan es la dorada.

(Quijote, Par. II; Cap. II).

121

SOLDADOS.—*Son los mejores los que tienen hechos estudios.*

No hay mejores soldados que los que se trasplantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra: ninguno salió de estudiante para soldado, que no fuese por extremo, porque cuando se avienen y se juntan las fuerzas con el ingenio, y el ingenio con las fuerzas, hacen un compuesto milagroso, con quien Marte se alegra, la paz se sustenta y la república se engrandece.

122

SUEÑO.—*A todos los hombres nos hace iguales.*

He aquí cómo entiende Sancho el sueño:

«En tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templa el ardor, y, finalmente, moneda general con que todas las cosas se compran,

balanza y peso que iguala al pastor con el rey, y al simple con el discreto. Sólo una cosa tiene mala el sueño, según he oído decir, y es que se parece a la muerte, pues de un dormido a un muerto hay muy poca diferencia.»

(Quijote, Par. II; Cap. LXVIII).

123

TEMPLANZA.—*Es la mejor receta de salud y larga vida.*

Preguntó la mujer de Don Antonio a la cabeza parlante: «Sólo quisiera saber de tí si gozaré muchos años de mi buen marido.» Y respondiéronle: «Sí, gozarás, porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la cual muchos suelen acortar por su destemplanza.»

(Quijote, Par. II; Cap. LXII).

124

TENER Y NO TENER.—*Juiciosas advertencias de Sancho.*

Dos linajes solos hay en el mundo, como decía una agüela mía, que son el tener y el no tener; aunque ella al de tener se atenía; y el día de hoy, mi señor Don Quijote, antes se toma el pulso al haber que al saber: un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enalbardado.

(Quijote, Par. II; Cap. XX).

125

TRADUCCIONES.—*Juicio sobre traducciones y traductores.*

Me parece que el traducir de una lengua en otra, como sea de las reinas de las lenguas, griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés; que aunque se vean las figuras, son llenas de hilos, que las oscurecen y no se ven con la lisura y tez de la haz; y el traducir de lenguas fáciles, ni arguye ingenio ni elocuencia, como no lo arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel; y no por esto quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir, porque en otras cosas peores se podría ocupar el hombre, y que menos provecho le trujesen.

(Quijote, Par. II; Cap. LXII).

126

TRANQUILIDAD DE CONCIENCIA.—*Cuidemos de ella y no del qué dirán.*

Como murmuraran de Sancho cuando éste dejó el gobierno de la ínsula, «No te enojes, Sancho, dijo Don Quijote, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres, que será nunca acabar: ven tú con segura conciencia, y digan lo que dijeren, que es querer atar las lenguas a los maldicientes lo mismo que querer poner puertas al campo.»

(Quijote, Par II; Cap LV).

127

TRISTEZA.—*Se ha de mostrar buen ánimo en la adversidad, haciéndose el hombre superior a la desgracia.*

Esfuércese, esfuércese: que el decaimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte.

(Quijote, Par. II; Cap. I).

Las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias.

(Quijote, Par II; Cap. XI).

128

URBANIDAD.—*He aquí algunas reglas que da Don Quijote a Sancho, para presentarse dignamente.*

No andes, Sancho, desceñido y flojo, que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmazalado; si ya la descompostura y flojedad no cae debajo de socarronería, como se juzgó en la de Julio César.

No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería: anda despacio, habla con reposo; pero no de manera que parezca que te escuchas a tí mismo, que toda afectación es mala.

(Quijote, Par. II; Cap. XLIII).

129

VALENTIA.—*Cómo debe ser considerada.*

La valentía es una virtud que está puesta

entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad ; pero menos mal será que el que es valiente toque y suba al punto de temerario, que no baje y toque en el punto de cobarde ; que así como es más fácil venir el pródigo a ser liberal que el avaro, así es más fácil dar el temerario verdad en valiente, que no el cobarde subir a la verdadera valentía.

La valentía que se entra en la jurisdicción de la temeridad, más tiene de locura que de fortaleza.

(Quijote, Par. II; Cap. XVII)

130

VESTIDOS.—*Han de estar acomodados al oficio que se profesa.*

Vístanme, dijo Sancho, como quisieren, que de cualquier manera que vaya vestido, seré Sancho Panza. Así es verdad, dijo el duque ; pero los trajes se han de acomodar con el oficio o dignidad que se profesa, que no sería bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como un sacerdote.

(Quijote, Par. II; Cap. XLII).

Sancho, decía Don Quijote, el buen adorno de la persona que está puesta en graves cargos, ha de ser conforme a lo que ellos piden, y no a la medida de a lo que su humilde condición le inclina. Vístete bien, que un palo compuesto no parece palo.

(Quijote, Par. II; Cap. LI).

131

VIDA CRISTIANA.—*He aquí la del rico hidalgo Don Diego de Miranda.*

Yo, señor caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo, natural de un lugar donde iremos a comer hoy si Dios fuere servido: soy más que medianamente rico, y es mi nombre don Diego de Miranda; paso la vida con mi mujer y con mis hijos y con mis amigos: mis ejercicios son los de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcón ni galgos, sino algún perdigón manso o algún hurón atrevido: tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latín, de historia algunos y de devoción otros: los de caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas; hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje, y admiren y suspendan con la invención, puesto que de éstos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido: son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos: ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure: no escudriño las vidas ajenas ni soy lince de los hechos de los otros: oigo misa cada día, reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alardes de las buenas obras por no dar entrada en mi corazón a la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón más recatado: procuro poner en paz los que sé que están desavenidos; soy devoto de Nuestra Señora, y confío siempre en la misericordia infinita de Dios Nuestro Señor.

Atentísimo estuvo Sancho a la relación y en-

tretenimiento del hidalgo ; y pareciéndole buena y santa, y que quien la hacía debía de hacer milagros, se arrojó del rucio y con gran priesa le fué a asir del estribo derecho, y con devoto corazón y casi lágrimas, le besó los pies una y muchas veces. Visto lo cual por el hidalgo, le preguntó : ¿ Qué hacéis, hermano ?, ¿ qué besos son éstos ? Déjenme besar, respondió Sancho, porque me parece vuestra merced el primer santo a la gineta que he visto en todos los días de mi vida. No soy santo, respondió el hidalgo, sino gran pecador ; vos sí, hermano, que debéis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra.

(Quijote, Par. II; Cap. XVI).

132

VIDA PASTORIL.—*Bellísima pintura que de ella hace Don Quijote a Sancho.*

Nos andaremos por los montes, por las selvas y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, o ya de los limpios arroyuelos, o de los caudalosos ríos. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas ; asiento los troncos de los durísimos alcornoques ; sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas a pesar de la oscuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor concetos, con que podremos hacernos eternos y famosos, no sólo en lo presente, sino en los venideros siglos.

(Quijote, Par. II; Cap. LXVII).

133

VIRTUD A PRUEBA.—*Nunca se debe probar en vano la virtud de la mujer.*

Dime, Anselmo, si el cielo o la suerte buena te hubiera hecho señor y legítimo posesor de un finísimo diamante, de cuya bondad y quilates estuviesen satisfechos cuantos lapidarios le viesen, que todos a una voz y de común parecer dijesen que llegaba en quilates, bondad y fineza a cuanto se podía extender la naturaleza de tal piedra, y tú mismo lo creyeres así sin saber otra cosa en contrario ; ¿sería justo que te viniese en deseo de tomar aquel diamante y ponerle entre un yunque y un martillo y allí a pura fuerza de golpes y brazos probar si es tan duro y tan fino como dicen? Y más, si lo pusieses por obra, que puesto que la piedra hiciese resistencia a tan necia prueba, no por eso se le añadía más valor ni más fama ; y si se rompiese, cosa que podría ser, ¿no se perdía todo?... Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila (tu mujer), es finísimo diamante, así en tu estimación como en la ajena, y que no es razón de ponerla en contingencia de que se quiebre, pues aunque se quede con su entereza, no puede subir a más valor del que ahora tiene ; y si faltase y no resistiese, considera desde ahora cuál quedaría sin ella, y con cuánta razón te podrías quejar de tí mismo por haber sido causa de su perdición y la tuya. Mira que no hay joya en el mundo que tanto valga como la mujer casta y honrada, y que todo el honor de las mujeres consiste en la opinión buena que de ellas se tiene ; y pues la de tu esposa es tal

que llega al extremo de la bondad que sabes, ¿para qué quieres poner esta verdad en duda?

(Quijote, Par. I; Cap. XXXIII).

134

VIRTUD Y VICIO.—*Fines a que conducen los caminos de la virtud y el vicio.*

Sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho y espacioso: y sé que sus fines o paraderos son diferentes, porque el del vicio, dilatado y espacioso, acaba en muerte, y el de la virtud, angosto y trabajoso, acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin; y sé, como dice el gran poeta castellano nuestro, que

Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,
Do nunca arriba quien allí declina. (1)

(Quijote, Par. II; Cap. VI).

135

VOCACIÓN.—*Debe ser atendida la que en los jóvenes se manifiesta.*

Vuesa merced deje caminar a su hijo por donde su estrella le llama: que siendo él tan buen estudiante, como debe de ser y habiendo ya subido felizmente el primer escalón de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas por sí mismo subirá a la cumbre de las letras humanas; las

(1) Este terceto es de Garcilaso de la Vega, «Elegía a la muerte de D. Bernardino de Toledo».

cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y así le adornan, honran y engrandecen, como las mitras a los obispos o como las garnachas a los peritos jurisconsultos.

Riña vuesa merced a su hijo si hiciere sátiras que perjudiquen a las honras ajenas, y castíguele, y rómpaselas; pero si hiciese sermones al modo de Horacio, donde reprenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábele: porque lícito es al poeta escribir contra la envidia, y decir en sus versos mal de los envidiosos, y así de los otros vicios con tal que no señale persona alguna.

(Quijote, Par. II; Cap. XVI).

456292

Cervantes Saavedra, Miguel de
Cervantes, educador ... dispuestos por
Solana.

LS
C419So

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

Esta obra se vende:

Ejemplar	ptas.	0'75
Docena	"	7'20